

T R E S

En el nombre del hijo

La bola de fuego se derrumbó con violencia en lontananza. La noche extinguió con su manto de rocío negro, las últimas lenguas de fuego que matizaban el cielo de una Cajamarca que esperaba anodada, la aparición de un dueño inédito. Instaurada la noche, instauradas las tinieblas.

Desde el chiquero llegaba el rumor de una batalla, escribió Julio Ramón Ribeyro en París, evocando Lima, cuando dejó luchando en el fango a un abusivo y sórdido anciano con pata de palo contra un cerdo de hambruna colosal, mientras sus nietos, dos niños enfermos, huían como podían de la aterradora visión que habían provocado. Éste no era un lodazal ni un chiquero, aunque sí, un escenario anómalo, atestado de piedras y adobes, babélico, plagado de sombras y asediado por fieras. Ellos no eran un cerdo ni los otros un anciano tullido, como tampoco él dos muchachos azotados por fiebres y cangrenas que abrazados se hacían uno; pero en su fuga, si vaticinar fuera recordar, debió tener presente aquella frase que esperaba siglos en aparecer. Gritos, chillidos, chirriar de cadenas y cencerros, rugidos, estruendo, contados estallidos, acechaban como un rumor, la cabalgata nerviosa emprendida sobre la muda compañía del caballo de ébano con una estrella en la frente, galopando acelerado entre la garúa que pretendía ahogar la oscuridad de la noche.

Los cascos tronaban sobre las piedras, prosiguiendo el trote frenético a pesar de la lejanía en la cual había quedado la plaza.

Las gotas de lluvia se mezclaban con el sudor del hombre y del animal, quienes simulando una sola bestia, se dirigían hacia el norte con la única razón de salvar sus vidas. Las gotas de lluvia ocultaban para nadie las lágrimas sinceras que escapaban de los ojos del hombre que se gritó a voz en cuello cobarde y traidor, para acallar el silencio que dominaba al único sábado que tendría en su vida. Abandoné a mi patria, a los míos, dejé atrás mi fe en Dios, en Dios... un traidor, se gritó el hombre por vencer a la exclamación unánime que muchos años después aseguraría haber escuchado del cielo. El caballo tropezó en la huida, una, dos veces, partiéndose el metatarso en una oquedad de la senda invisible entre las sombras, mientras era espoleado con una fuerza que se negaba a aceptar que algo iría mal, una fuerza incierta, afanosa en acelerar al animal que no podía más, que se tropieza, se desploma, cae, cae con él, centauro tocando el suelo con estrépito, cae.

La penumbra envolvía la noche, noche sin luna, plagada de estrellas que mudarían sus nombres con el tiempo, como los territorios con las conquistas y la historia, como los afectos con la intensidad o la zozobra. El hombre alejó la cabeza del suelo y notó sobre su brazo y entre sus prendas, hilos de sangre, también una mancha guinda que envolvía su mano derecha trazando una capa dura y repugnante, finalmente palpó con su lengua el gustillo salado y agrio de los coágulos que se formaron en la comisura de sus labios. No quedó más que dejarse atrapar por un insondable dolor, el dolor por todos los hombres muertos a kilómetros de ahí. Se sintió solo, profundamente solo en esa tierra vasta e indómita; a su lado, el animal de la noche yacía muerto con las articulaciones quebradas por su desenfrenada aprensión. Se sentó sobre la tierra, entre las piedras, experimentando una pena tan franca como egoísta, sin ánimos de ponerse en pie para comenzar con el entierro del animal, exigencias no de un sacro merecimiento sino por perpetuar el asombro de los salvajes ante esa bestia que presumía de inmortal. Para lo que importa ya, se dijo, susurrando cada palabra, pensando en todos los arrasados en la contienda desigual que les había destinado el Capitán: hombres, perros y rocines sin vida, sobre un campo ensangrentado. Dónde ocultar la patraña

de la superioridad, debió pensar. Se dejó caer nuevamente al suelo, intentado ubicar una idea que lo liberase y, sobre todo, capaz de mostrarle la salida a su existencia en esas tierras sin nombre, peor aún, sin compañeros ni amigos.

Un ladrido.

El hombre se puso de pie con ímpetu pero sin fuerzas, buscando con dificultad entre la oscuridad cerrada al perro que le había regalado aquella muestra de vitalidad tan ansiada, rumiando la certeza de que los lebreles y dogos transportados desde Panamá debían distinguirse sin dificultad por sus pelajes claros, perfectamente premeditados para noches como ésta. Sin embargo, no descubrió nada aproximándose a sus ojos.

Un ladrido cercano, próximo.

El hombre giró varias veces sobre sí mismo y agitó las piernas con celeridad, afanoso por desplazarse a más sitios de los que sus fuerzas le permitían. Miró bien y observó a escasa distancia los destellos amarillentos de un animal extraño y caricaturesco, tan negro como la noche, con pequeñas manchas rosadas y contados eczemas, cuadrúpedo sin pelos en el cuerpo y un único mechón plateado, casi cano, coronando su testa, que con sus orejas de murciélago y cola de roedor, era un grotesco remedo de perro, solamente posible en estos territorios de mierda. El hombre quedó pasmado ante la imagen espantosa del animal que se arrimaba a su lado, parsimonioso, sacudiendo su cuerpo enclenque a cada paso.

Fue una noche inaudita y confusa. Saqué la daga del fuste y la mantuve erguida en mi mano izquierda; pero el animal no se detuvo, prosiguió su avance hacia mí, logrando alcanzar mis pies a pesar de las sombras, luego apoyó su cuerpo muy caliente en mis piernas y me transmitió su calor. La repugnancia que sentí por ese perro permaneció intacta mientras lamía con fruición las llagas de mis brazos, apartando la tierra de la sangre seca pegada a mi piel; sin embargo, no desprecié el regalo de vida que concedía a tanto desconcierto en esa oscuridad fría y lluviosa de la puna. El cansancio, la cama del desventurado, era tan ineludible, que bajé la guardia y me desplomé en el suelo, abrazado a ese rústico tan deslucido que me mantenía cálido y limpio. Poco preocupa-

ban los salvajes que estarían tras las huellas de algún *sancasapa* huido. Si debía morir, noche más ideal que aquella no encontraría. No pude siquiera vislumbrar que salvar el pellejo sin haber librado batalla me arrastraría a un vagabundeo que, luego de ver pasar mil vidas en personajes decepcionantes y algunos valiosos, seguía aguardando con paciencia renacida la dádiva piadosa de un final capaz de rematar de una buena vez mi perpetuidad.

A la luz del alba, no pude mentirme asegurando que el animal era menos feo que en las tinieblas; pero qué importaba, si caminaba a unos metros atrás cuando ya se había ganado andar a mi lado, si me curó y abrigó tan gustosamente que hasta parecía agradecido, si erraba despreocupado de su destino con ansias de hacerlo coincidir con el mío... cómplice sin más.

Cargado de grandes piezas de carne de caballo, vagué entre pastizales hirsutos buscando una cueva donde guarecerme y cubrirnos del frío; pero en definitiva, para sentarme a pensar, pensar en qué haría con tanta desolación.

El sol desprendía sus primeros rayos cuando pasamos cerca de una covacha amplia y repulsiva, abundante en restos de seres muertos, huesos triturados y piel desgarrada tapizando con sangre negra las piedras. Husmeamos en la entrada con temor, calculando inútilmente entre el cobijo y el riesgo, hasta que la prudencia nos alejó con todas sus razones de la segura morada de una bestia fantasmagórica. Todavía creía en monstruos, en maravillas, confiando en que los gruñidos y aullidos fueran la promesa viva que Europa nos hizo al partir: nuevas tierras donde todo lo fantástico persiste en exceso, donde el oro se siembra porque los engendros caminan. Todavía era un hombre joven, un ingenuo, que creía en la desdicha para explicar su otra cara en la fortuna, como revés inmediato del destino. Conservaba cristalina la esperanza.

Modifiqué la ruta más de una vez, evitando la cercanía al gran camino que llegaba hasta la plaza y la presencia inequívoca de los salvajes que por aquél se desplazaban. Entrometido entre los árboles, las serpientes y las ratas, la compañía de aquel rústico bienhechor se tornó primordial, con secos ladridos que alejaban a los animales menores de nuestra cercanía y olfateando la muerte

si ésta nos seguía. Así, retrasándose y adelantándose, guiado por su voluntad disimulada en instinto, logró dar con una cueva deshabitada, sin vestigios de hambruna o de batalla.

Las horas transcurrieron sin preocupar al hombre aquella mañana, el tiempo era lo último que merecía presencia en esos territorios sin parientes ni amigos; su primera lección fue comprender que sólo cobra existencia cuando hay con quien compartirlo. Las horas, una tras otra, pasaban sin que lo advirtiera, sentado entre unos árboles frente a la entrada de su covacha, con el perro sin nombre de improvisada campana varios metros a su delante, repensado su situación y visionando su destino.

Enumeró: Traicioné el objetivo del Capitán, que era el objetivo de cada uno de nosotros. Traicioné al Rey de España, pues llegué hasta aquí en su nombre. Traicioné a la Santa Iglesia Católica, pues me confió, como a todos, instaurar su doctrina. Dudé de la omnipotencia de Dios.

Evaluó cada punto y se fue justificando en cada uno sin convicción, pues al Capitán y a los suyos los abandonó por cobardía; le falló al Rey cuando vaciló de la potestad absoluta que se atribuyó sobre estas tierras; a la Iglesia, por los métodos sangrientos que permitía usar en su nombre para la evangelización; y a Dios, por respuesta al abandono en que los tuvo desde el arribo a las costas, por ocultarse y engendrarle la duda, primero de su interés, luego de su poder. Y aunque sus motivos no derrochaban fantasías, poco lograron para reconciliarlo con su razón y sus afectos. Estar vivo más parecía un galardón sarcástico del destino que un regalo del Creador, demiurgo titiritero. Al fin y al cabo, sabiéndose el único sobreviviente de la matanza de la noche anterior, vivir significaría errar y, también, una forma infame de comenzar a morir.

Mientras alistaba una fogata con los maderos podridos que tenía cerca, tomó una decisión luminosa luego de sopesar cada idea que se fue proponiendo. Intentar llegar a Panamá, suponía alcanzar primero el litoral a demasiadas jornadas de ahí, pasando primero por San Miguel de Tangarará, en donde habían quedado una docena de hombres domeñando a medio millar de salvajes; sin embargo, considerar que seguían aguardando enseñoreados al ente-

rarse de la derrota, encontrarlos con vida o apoyarse en ellos teniendo en cuenta los sucesos recientes, era absurdo, pero si incluso aquello era posible, la dificultad radicaba en la embarcación inexistente con la cual hacerse a la mar. Sabía de historias maravillosas de hombres olvidados en tierras ignotas que lograron con sus manos elaborar vehículos para agua o tierra y lograron librarse de peligros espeluznantes... lamentablemente, sus desgracias no eran la sal de una historia surgida de la imaginación sino la pelada realidad que le había tocado. Alcanzar Tierra Firme sin contar con un caballo como transporte primero, era apostar por lo imposible, descontando a todos los salvajes que no lograría evadir en el camino, trayéndole luchas inagotables que siempre debería ganar. Así, confiar por algunos días o semanas en el arribo urgente de los navíos Diego de Almagro para lograr al fin otras costas, se convertía en una ilusión de paciencia y peligro. Aunque esperar, confiar en la buena del Señor, sería una ilusa negligencia, porque esperar es defenderse, defenderse es dejar al otro el ataque, es perder la iniciativa, es bajar la guardia en territorio de enemigos; medida que, con vacilaciones, había aceptado antes y pensaba nunca más repetir.

Los motivos que tuvo para su huida fueron potenciados por su temor; sin embargo, no fue el único aquejado por esas dudas y menos aún el único que estaba atemorizado ante el tamaño de los acontecimientos. ¿Por qué tendría que ser el único cobarde huyendo?, a medias tintas se preguntó, conjeturando con descuido en lo improbable. Le envolvió una peregrina agitación al creer que tal vez no estaba solo, que alguien o algunos más también se habrían escabullido de la matanza por razones cercanas a las suyas o, quién sabe, no todos yacían destrozados sobre el campo desde la noche anterior sino que, todavía quedaban singulares elegidos como los Pizarro o de Soto malogrando sus huesos entre cuatro paredes, reservados para sacrificios futuros o mejor, embadurnados de aceites, tomados por galardones místicos. Prisioneros, tan propios de una batalla como la sangre y la muerte. Solo no, no podía estar solo, si conservó la vida el cobarde, traidor y hereje, oscuras intenciones desde las Alturas se tiene... inescrutables son sus designios, bien se dice; pues la muerte sabe esconderse tras el

gran mensaje final, la revelación última. Siendo un antojo histórico de Dios, qué valor tendría afrontar largos trechos desprovisto de armas de fuego, transporte y compañía, sería como estar muerto, o también, acomodando su significado más preciso, estar sujetao por el olvido. Él estaba borrado de las memorias al zarpar entre inquinas desmedidas y sepultado sobre una puna en tierra abominable. La risa sarcástica del destino se escucharía luego de entregarle una esperanza a la cual se iría aferrando más y más, para luego arrancársela sin misericordia. Solamente de sí mismo dependía, habilidad y constancia, hacer de esa ilusión una realidad preciosa y sostenida.

— Dejaremos de lado el sueño de llegar a Panamá. En cambio, buscaremos a algún otro fugado alrededor de los dominios del Inca; si el pequeño riesgo no resulta, nos entregaremos a un lance mayor: buscaremos prisioneros en los reductos de salvajes. Esos son desde ahora nuestros caminos —anunció, dirigiéndose al animal—. Yo soy Joaquín Medina, sin oficio ni beneficio, y tú serás Rústico, ángel guardián.

El perro lampiño y de ébano, con ojos amarillentos y mechón plateado en la testa, agitó su cola de roedor, aceptando complacido el sonido que poco a poco debiera entender, consintiendo ignorante, desandar a su lado la ruta que los alejó de la plaza.

Con la carne puesta en las brasas, se sintió nuevamente un hombre con vida. Envuelto por el calor, presionando los muslos de caballo contra los maderos, oxigenando el fuego por evitar que se extinga, fantaseó con ser parte de un día entre amigos con licor áspero compartiéndose en exceso. Trozó la carne y sabiendo que era horrible le supo exquisita. Quedaba intacta la esperanza.

Joaquín y Rústico comieron en abundancia y con deleite, luego reposaron sus alimentos tirados de bruces en torno a la fogata que no se apagaba y, presas de un sueño sin imágenes, dormitaron descuidados frente a la covacha, sin inquietarse por presencias cercanas y enemigas tras los arbustos o entre los matorrales. Lo seguro es que al despertar, ambos acordaron que ya era tiempo de iniciar la búsqueda, dejar atrás la sospechosa pasividad de las horas y enfrentar el porvenir.

Se alistó en un instante, bajo el cielo despejado de la tarde, celeste y brillante, y enrumbaron con ritmo pausado hacia el nordeste. Dispuso a Rústico a su lado como haría con un escudero bisoño si fuera andante caballero y prosiguió el camino, nublado por la intuición de estar siendo observado con persistencia desde los rancios eucaliptos; mas la cautela le recomendaba recobrar la atención y la prudencia. Hacerse el desentendido era por el momento la mejor elección, desconfiado aún de sus propias fuerzas y plenamente engañado ante las fuerzas contrarias. La presencia de naturales cerca no debería causar más sorpresa que aquella que sentiríamos al encontrar a un dueño de casa bien aposentado en su habitación, lo que a Joaquín causaba extrañeza era la actitud expectante que habían decidido tomar frente a un hombre disminuido y un animal inocuo, tan señores de todo como en la tarde anterior y los días precedentes, no habían escatimado en lengua infiel pregonar.

Recorrieron la fría puna animosos desde el comienzo, pero al acercarse la hora difícil de la penumbra y el brillo, de las tonalidades singulares y destellos imperfectos, al aproximarse el atardecer, la expectativa del hombre decaía, impedido de gritar a voz en cuello algún nombre, aunque sabía que su presencia rastrea, como procuraba mantenerla, ya era parte del paisaje móvil de la montaña; tan impedido por sus propias limitaciones de lograr algo más que un vagabundeo nómada; impedido de alcanzar un hallazgo insólito transitando lugares inéditos a pie. Desfalleciendo sus esperanzas, la posibilidad de ubicar a alguien cerca sólo podría concretarse si ese alguien también lo estuviera buscando, si los motivos comunes para alejarse de la plaza continuaran emparentados en el errar tras un destino. Cercana la noche, se preocupó por dar con un lugar donde guarecerse junto a Rústico y detenerse a repensar sobre la quimera que encerraba el intento de encontrar a un compañero concebido por su ilusión en parajes tan extensos e ignorados, donde poco le servían su lengua, su nula cultura y su cartografía de intuición.

La noche y la cueva llegaron juntas; ahora era forzoso aguzar todos los sentidos mientras encendía la lumbre que les facilitase

un descanso menos peligroso entre matorrales crecidos y troncos sin ramas de árboles enormes.

Un rugido.

Rústico paró sus orejas de murciélago y olfateó largo rato el aire: al poco, metió la cola entre las patas sin lograrle explicar a Joaquín, a pesar de sus numerosos mohines, meneos y gruñidos, de qué se trataba.

El crepitar de los maderos, la apreciada fragancia de la carne tostada y los leños chamuscados, le evitaron detectar el olor que había penetrado por entero su cuerpo la tarde en que su propio terror ya lo tenía sujeto: Olor de ají quemado se acercaba sin prisas desde el oriente.

Joaquín descubrió a su perro escondiéndose tras la entrada de la cueva y, libre de asombros, percibió el olor irritante que poco a poco invadía sus fosas nasales. Rastreó en su memoria a las fieras ocre y siena que bajaron la ladera en los momentos previos al conflicto; semejando a leones, formando una manada hambrienta y al acecho, marchaban con dirección a la plaza cual árbitro sin invitación, dispuestas a mediar en la singular matanza, tan atraídas como atrae la miel al oso, la carroña al buitre o el oro al hispano.

Dos rugidos a izquierda y tres a derecha, un rugido al norte y otro desde el nordeste. Olores ansiosos que rondan... pican, arden y aterran.

Joaquín busca entre sus armas y da con una espada y una ballesta de armatoste, elige la segunda y, tras la fogata, aguarda la proximidad de las bestias dispersas. La noche sin luna, con fulgor de estrellas, con dificultad le muestra a su alrededor siete animales grandes de patas blancas y cuerpo atlético pintado por la oscuridad que ensombrece su color original, rugiendo estáticos, impedidos de avanzar por el fuego espectral que les cierra el camino hacia el alimento sudoroso y espantado que se reserva el ataque para su cercanía. El perro, camuflado en la penumbra, ladra como escupiéndole al enemigo una amenaza. Así, retándolos con lenguaje ignoto, promueve su agitación y estimula sus movimientos. Los pumas rugen en coro y se aproximan con parsimonia, midiendo cada paso hacia la llama ardiente que resguarda al hom-

bre armado. Erizan los pelos, exhiben las fauces y las garras y avanzan lenta, lentamente hacia el alimento que les faltaba en el día. Joaquín prepara el arma y apunta con aplomo entre los ojos del animal que tiene al frente: dispara, rompiéndole el cráneo y esparciendo su sangre entre las tinieblas que cubren las piedras y las matas, tiñendo la tierra y las sombras. El resto de la manada retrocede, desconfiada de su alcance y poder, rugen todos al unísono y escarban la tierra con fruición, orinan en ella y huyen, raudos hacia la nada.

Maderos acrecentados en número, llamarada que emula al sol en su facultad de preservar la existencia, que ataja a las fieras pero también advierte con llaneza la presencia de vida a cualquier indio apartado de su poblado, fogata candente que atrae al sueño y la placidez del descanso luego de un día para el desengaño, día desplomado desde las expectativas más artificiosas hasta la realidad más infausta, día extinto.

La mañana despierta con sus primeros destellos al animal y luego al hombre. Perezosos, se deslizan maquinalmente, arrancándose la modorra a fuerza de necesidad. Joaquín permite al perro husmear por los alrededores, mientras él se encarga de cortar la carne del felino muerto, preparar sus bártulos regados por el suelo, examinar sus armas y limpiar las huellas de su paso por la covacha. Listo para reanudar sus pesquisas, estrena un silbido a manera de llamado: Dejaremos de explorar estas zonas retiradas, Rústico. Ayer estuvimos caminando como en círculos, inútilmente; no pueden así transcurrir cada uno de nuestros días. Si queda algún otro huido, debe estar camino a San Miguel o cercando la plaza, buscando los prisioneros que también nosotros hoy buscaremos. Seguro que nos aleja de allá toda una jornada; tanto mejor, pues de noche podremos escabullirnos entre los recintos de los salvajes como sombras y averiguar cuanto sea posible. Así que, Rústico, retomaremos la ruta del Levante.

Al transcurrir de las horas, ya no sintió Joaquín esos ojos persistentes que habían vigilado sin tregua sus tropiezos el día anterior. Seguro de sus postas tras los enormes árboles de eucalipto, podía afirmar que registraban su itinerario a la espera de una or-

den superior para atacar; pero en aquella mañana sin lluvia, no quedaba ni un solo espía ni merodeadores a su paso.

El mediodía los cogió en un valle templado con árboles pocos crecidos de frutos desconocidos, con un riachuelo cercano y canto de pájaros vivarachos por doquier. Se sentó junto a Rústico a tratar de engullir comida cruda, extenuado por la caminata de muchas horas que se venían imponiendo, pensativo, olvidado. Miró hacia el sur y creyó ver la plaza de Cajamarca en la lejanía, como una bruma edificada para solucionar mi incertidumbre. Una bocanada profunda repletando de aire frío mis pulmones, debía servir para arrancarme la duda, remecer con frescor mi cuerpo tan ardiente en sus preguntas. ¿Qué había ocurrido al caer la noche sobre los gritos? No imperaba en él la esperanza sino la expectativa, bien sabía que en el lugar donde había sucedido la matanza, encontraría las respuestas urgentes a su vida. Comió hambriento e indiferente a pesar del fuego que logró encender con el afán de restablecer su condición de hombre al alimentarse, bebió el agua del río sin las precauciones que mantuvo cuando viajaba como parte de la hueste y con resignación advirtió que se estaba convirtiendo en alguien más ordinario y a la vez, menos artificioso, simple hasta la ramplonería, pero también más consciente del valor de la vida y la amistad que necesita engendrar.

Joaquín recorrió la orilla del riachuelo dejando vagar a su mente por sueños pasados que sabía tan lejanos, errando los pasos hasta internarse entre rocas de la desembocadura fluvial y árboles deformes sin nombre en cristiano. Caminó un trecho despreocupado, como paseando en los campos traseros de su casa de niño en Andalucía, cuando distinguió entre arbustos una silueta encorvada, luego fueron ojos negros, rostro cetrino, torso ancho y una prenda colorida cubriendo una parcela pequeña de un cuerpo trigueño, menudo y fornido, parado con los brazos abiertos y los dedos de las manos extendidos, imitando chispas de estrellas. Joaquín quiso coger su daga, pero no la llevaba encima, pues había quedado incrustada en la carne abandonada al apetito de Rústico. Desarmado, puso en alto los brazos en actitud de paz o de entrega; mas el indígena, entendiéndolo poco, imitó el gesto sin

muda en la expresión complacida de su rostro. Ambos con los brazos en alto, presa y captor cada uno a la vez, meditaron un largo rato sin saber quién tenía la batuta en ese ridículo encuentro. Joaquín emitió palabras que el indio sin comprender ninguna en su lengua respondió. Con los brazos en alto, confundidos, cruzaron miradas con la intención necia de comunicarse los pensamientos que sus diferencias orales les impedían; pero fue en vano. Brazos en alto, presa y captor a la vez, Joaquín esperaba la llegada de los compañeros del salvaje a tomarlo prisionero, asumiendo un destino semejante para cualquier otro peninsular y, acabar así, de una buena vez, con la incertidumbre de días que le pesaban demasiado sobre la espalda. No podía saber, su raciocinio no conseguía cómo, que el indio esperaba, complaciente, ser apresado por el barbudo desaliñado que tenía al frente.

Rústico irrumpió en la escena profiriendo ladridos con aplomo. El indígena, asustado ante la presencia fortuita, dio media vuelta y se internó en el bosque sin dejar rastro que seguir, trepando con rapidez las piedras y rocas que entorpecían el crecimiento de los árboles en esa margen alejada del río.

Joaquín regresó junto a su perro a la quebrada elegida, bastante perplejo por el encuentro confuso que había tenido. Repasando los incidentes, tuvo la certeza de que el indio recibió su presencia con agrado, pero no sabía si había sido por su condición de hispano o por la posibilidad de obtener un cautivo. Confundido, meditó acerca del desenlace que pudieron haber tenido los hechos del sábado pasado. Quizá la hueste con su bravo batallar, alcanzó el respeto de la masa indígena a pesar de la derrota, tan ignorantes en los corceles de trueno como del flamígero arcabuz; o tal vez, la escena recién vivida era el mediano calco de un resultado que no tenía previsto para la contienda. Aún perplejo, recogió sus cosas y reanudaron con premura su marcha hacia la plaza, aquejado por la angustia de desconocer más de lo que su razón le había insinuado.

La jornada se fue haciendo cada vez más ardua bajo el apremio constante de su ansiedad desbocada. Su talante, usualmente grato, se tornó hermético y huraño. El buen Rústico tuvo que reco-

rrer el resto del camino rezagado y a prudente distancia de sus pasos, evitando perturbar con su presencia el silencio amargo de quien por vez primera, con tres gritos innecesarios en situaciones ordinarias, se le mostró como un amo y no un compañero.

La noche sin luna, plagada de estrellas, ocultaba con celeridad los últimos rayos del sol destronado en lontananza. Ave fénix perpetua, cedía nuevamente su reino a las tinieblas para retomarlos sin titubeos en corto tiempo, en un reiterativo trajinar de naturaleza circular y perdurable, revelando con singularidad día a día, que la evocación y el vaticinio eran una amalgama posible, si la mente era capaz de recordar con atención para enunciar con esmero todo lo que el pasado proponía debiera ocurrir.

La plaza, cercada de forma trapezoidal, estaba levantada en un valle rico en vegetación, ceñida por cuatro montañas a su alrededor. Desde cualquier punto de la rosa náutica podía contemplarse a plenitud sus puertas, los tres galpones, los muros que la circundaban, uno de ellos arruinado sin que memoria alguna conociera tiempo atrás esa imperfección, y el torreón, que eligieron para la defensa Pedro de Candia y sus hombres. Bajando una ladera, al noroeste, Joaquín Medina la vio desierta, sin un alma recorriéndola ni un cuerpo muerto fracasado sobre su suelo. Pero trasponiendo sus muros, dos grandes construcciones parecían hervir de vida como un hormiguero en su interior. Cerca de ellas, el desconcierto no le impidió distinguir a seis jinetes españoles a caballo, dirigir el afanoso andar de un millar de indios, torcidos y gibosos, con cargas sobre sus brazos y espaldas. Aguzando la mirada, restregando sus párpados con fruición ante la imagen deslumbrante, pavorosa, entendió que el peso descomunal de las piezas refulgentes sólo podía corresponder a plata o a oro, a una victoria. Desplomado en el suelo ante la revelación asombrosa que sus sentidos le ofrecían, vio a otro grupo de a pie entrando y saliendo dicharacheros de una de las edificaciones soberbias, mientras disfrutaban el jugueteo de prestarse los destellos sólidos que abundaban por doquier. Aterrado por el espanto, pegó la espalda a tierra y con los ojos escudriñando las alturas, rompió en llanto con la confusión nerviosa de un niño que perdió su más preciado

juguete y de un anciano desventurado que en la hora postrera, no sabe cómo arrepentirse de haberle achacado toda una vida de desgracias al cielo. Gimiendo, por ratos rabioso y otros, desolado, atrajo la compañía de Rústico, quien lamió sus lágrimas sin importarle el inicial rechazo. Solo, entendiendo que me había quedado profundamente solo, abracé el cuerpo de mi animal con fuerza, con desgarró. Llorar con berridos y estertores también es de hombres si el cielo en un vistazo, nos convierte en pedazos fracturados de una ilusión imprecisa, y más, si un calor pequeño solloza con nosotros sin más razones que el dolor de presenciar nuestro dolor.

Quedó Joaquín dormido, con Rústico velando su sueño. En plena penumbra, antes del alba, despertó titiritando de frío de un mundo sin color del cual poco recordaba. Evocó un lugar extraño e improbable con bestias ruidosas y metálicas de gran velocidad, algunas caídas sin dolor y una honda sensación de frustración que envolvió cada confusa escena que a su mente le costó retener. Despierto, anheló seguir durmiendo hasta que la misericordiosa muerte tuviera la munificencia de abrazarlo en el sueño; pero su ventura no podía aspirar a tamaña fortuna, debía resignarse a aceptar la vida y decidir con justeza si haría de ella un premio o, como ya se había planteado, un castigo infame.

Siempre había gustado de las tardes grises, pero en la noche más oscura sin patria ni Dios, comprendió que la dicha o el infortunio del pasado serían sometidos a un nuevo aprendizaje, marcado por una visión singular de la existencia, donde la abundancia podía maquillar la desgracia como la nobleza a la bastardía y la herejía ocultar la verdadera fe. Renegado de los hombres, fieles o infieles, y condenado por su Señor, admitió que la soledad era peor que la muerte y la vida juntas, porque una subsistencia errante sin alguien con quien compartir aunque sea las nimiedades, era una sentencia agobiante que muchas almas no podrían soportar, cuando él sólo tenía una.

Levantó la vista y buscó a Rústico, quien ya no estaba. Intranquilo, escudriñé cuanto tuve a mi alrededor: piedras, árboles, lodo. Me moví con rapidez hacia una loma más alta con la seguridad de que ahí lo vería olfateando algún fruto para esquivar el ham-

bre, seguro de que andaría correteando algún bicho horroroso por alargar el ánimo. Deambulé entre madrigueras sin importarme caer en pupilas ajenas o quedar a tiro de arcabuz como un andrajo andante. Silbé su nombre en tonadas de cariño, de necesidad; pero no lo ubicó cerca ni lejos. Amparado en la misma penumbra que le sirvió para aparecer, se había marchado.

La plaza trapezoidal continuaba desierta; pero esta vez no parecía quedar nadie recorriendo sus alrededores, tan temprano como era. Observó con atención entregada la explanada distante y tampoco ubicó a su compañero de ébano ostentando su corona de plata en la testa, animal libre del artificio del pelo para falsear la belleza, con estigmas de raza en la piel y cola y orejas de singularidad mágica que lo acercaban a la fantasía. No lo podía ubicar porque la soledad solamente existe cuando no interviene la compañía ni se rompe el silencio.

Debía elegir entre dos caminos: seguir de frente, hacía las construcciones indígenas que tenían tomadas sus compatriotas, o andar hacia atrás y regresar otra vez a la nada, en donde la esperanza era una apuesta perdida contra el destino. Lo sensato hubiera sido dirigirse a los suyos y explicar, con el corazón ofrecido, su abandono en la hora decisiva, justificar su acción en el pánico desmedido que devastó su valor y declarar el arrepentimiento genuino de un acto que no repetiría. Pero llegar con los brazos abiertos y la cabeza gacha a los pies de un grupo que había vencido a una civilización comparable a la alcanzada años atrás por el admirado Hernán Cortés; presentarse ante la presunción hecha carne y explicarle tamaña estupidez cuando habían arriesgado, a pesar de la incertidumbre, alma y vida; convencerlos de un honesto arrepentimiento cuando las cargas descomunales de oro desfilaban sobre hombros de indios a su espalda; y explicarle al Capitán General que se equivocó sobre él, pero una nada comparado a lo que erró sobre el poder del cristiano y la omnipotente fuerza de Dios, tanta verdad reunida no era cosa de broma, pues podía conllevar una muerte bien ganada bajo el inicial cargo de traición. No es lo mismo morir de abandono y solo, que ser ajusticiado en la ignominia, con la deshonra cantada a los cuatro vientos para escar-

miento de una estirpe medrosa que no tendría más nunca cabida en los anales de la historia y la memoria de los hombres. No es lo mismo, como tampoco lo es vacilar y desconfiar cuando el centro de la duda es Dios; no es lo mismo, porque jamás los serán titubear y traicionar; no es lo mismo, porque la tibieza ni las medias tintas se admiten, pues recelar del Señor es tomar partido del maligno y alejarse del bando cristiano en una guerra santa es entregar la victoria al siniestro. Aquello que pensó era un castigo infame, venía a ser el premio justiciero a un proceder infame y descreído. Muerto en vida, su destino debía ser errar en los páramos, lejos de los hombres, alejado del edén que el Creador con su mano invicta le había deparado a la indeclinable fe y al vigor.

Dio un silbido llamando a Rústico, pero ya no estaba.

Los días habían pasado con celeridad y, parecía ayer, cuando escucharon con atención y confianza renacida las palabras del Capitán azuzando los ímpetus en la noche de la víspera, en que los trató como los señores que pronto serían. La memoria guardaba intacto el frescor fulminante que significó la toma de la plaza y la captura del Inca, como desconcertante la entrega de los indios sin mediar batalla, prisioneros levantado animosos los brazos para ser tomados por vasallos o esclavos. Los sueños pueriles hechos realidad en un santiamén con las habitaciones de oro y plata en un festín metálico que no parecía tener fin, y el adquirir la certeza de lugares de ensueño que los esperaban con sus riquezas y sus mujeres para mayor gloria de sus nombres y luego de España, tanta vida trastocada sin tiempo a evaluar o comprender, culminaría esa tarde un ciclo, con la muerte necesaria del último monarca, inominado Atahualpa, bajo el fuego de la hoguera reservada para los infieles y enemigos de Dios.

Joaquín miró la ciudadela entre los primeros rayos de sol que centellaban desde el oriente, vio a los indígenas, aparecidos como hormigas, desplazarse por las calles que se perdían en los cerros, merodear los contornos de la plaza o acelerar la marcha cuando más próximos se encontraban a la edificación central tomada por

los hispanos. Invisible a los dichosos en su condición de paria, minúsculo, reducido a ser un simple fisgón a distancia, reacomodó sus pensamientos buscando un recurso redentor a su insostenible realidad. Cuatro faltas, tres de orden humano: a los suyos, a los Reyes y a la Iglesia; y una de carácter divino, sometían su espíritu. Si la reconciliación con los hombres no era posible porque las leyes de España se cumplían en esas tierras según el juicio arbitrario de los Pizarro, procuraría el perdón de Dios; puesto que, regresar al vagabundeo errante de las noches anteriores sin contar con un propósito se haría intolerable con el transcurrir de los días. Las blasfemias desperdigadas aquella tarde y la fuga descocada que insultaron al poder y al compromiso del Señor, lo habían ubicado del lado del demonio; siendo un brazo cristiano, alejarse significó renegar del altísimo encargo. Así, colocado involuntaria, timorata, negligentemente, qué importaba, del lado del maligno, regresar al redil sólo sería posible dándole fin a su personificación terrena, a ese indio altanero que, resguardado en su opulencia y el número exorbitante de sus hombres, dio con las escrituras al suelo sin descifrar en ese acto la derrota. Matar al Inca, quiso pensar Joaquín, sería su retorno al lado cristiano con una hazaña trascendente para la fe que recompensaría una a una sus pasadas faltas.

Obcecado por la necesidad de aceptación, descuidó el soldado Medina la posibilidad de que su víctima ya hubiera sido victimada en plena batalla y, obcecado, no consideró que si aún contaba con vida, sería por instrucciones indiscutibles que lo conservaban cautivo tras oscuros motivos y para mayor provecho de la hueste. Obcecado, solamente le importaba escabullirse entre los aposentos tomados por los vencedores, a riesgo de mayores desventuras, y ubicar al prisionero indescifrable mientras su destino esperaba todavía la rúbrica final del Creador.

Joaquín Medina se alejó de la ladera y desandando poco menos de media legua, se esforzó en concebir un plan certero para asaltar una y otra, las edificaciones ocupadas sin ser visto. Enmascarado entre los indios con el disfraz natural de español altanero, pasar a través de ellos no ofrecía dificultad, aseveraba recordando el encuentro con el salvaje animoso en la saliente del río,

porque si para él todos tenían el mismo rostro, no había razón alguna para que los salvajes tuvieran una mayor habilidad para distinguirlo entre sus profusas barbas, notables diferencias. Entre los hispanos, su presencia por ningún motivo pasaría inadvertida; pero retrasar el asalto hasta la hora del sueño, que en la victoria, con oro en las arcas y un territorio rendido, debía ser con pocos centinelas, guardia baja y sobre colchones de plumas, le daría la oportunidad de acercarse al destronado monarca aminorando los peligros y, de una buena vez, acariciar el favor de la fe, aunque eso significase contrariar nuevamente la decisión de los suyos; pero congraciarse con Dios era lo único que importaba.

Bien sopesadas sus ideas, enrumbó de nuevo hacia las cercanías de la plaza, convencido en distinguir desde ahí, con una observación paciente de varias horas, dónde podría ubicarse el Capitán General y su singular prisionero.

Sobre la ladera, tras piedras y algunos árboles, vi una multitud de indios que subía y bajaba las calles, ajetreados, nerviosos al parecer, con cargas sobre los hombros se dirigían a la edificación mayor para ahí descargarlas y reanudar sin dilación sus faenas. A caballo, una docena de españoles dirigían las labores, mientras otros, de a pie, encaminaban a un grupo pequeño de nativos hacia el centro de la plaza, transportando entre sus brazos gruesos leños y, detrás, un tronco gigante llevado entre varios. Desde las alturas de la montaña del nordeste, todo el panorama evidenciaba un dinamismo revelador como el que antecede a un acontecimiento único y excepcional. Con la duda sembrada ante tanto alboroto, abandoné sin prudencia mi madriguera y sorteé demasiados metros de cercanía para obtener una visión más clara de cuanto sucedía. Derrumbado sobre una cornisa, frente a mis ojos marcharon Esteban García, Crisóstomo de Ontiveros y Pedro de Alconchel, resueltos a hacer del enorme madero una picota. Enclavada al suelo como una columna, fue embadurnada desde su cima ante la aprensión de los salvajes, quienes atónitos cambiaban miradas entre sí, sin entender más de lo que yo comprendía.

El sol fue mitigando su brillo entre los cúmulos de nubes que se desplazaban en la dirección del viento. Ingenuos pompones de

algodón, auguraban con la opacidad de la tarde el luto que se fijaría para siempre como un tatuaje de piel, en toda una cultura que pronto conocería de infortunios y abandonos; un grande Señorío que, en la única hora crucial, no se interesó en unirse bajo el interés común de preservarse y perpetuar contra el tiempo de los dioses su existencia posponiendo inventadas rencillas; una civilización que se entregó a la derrota, cual doncella embelesada a los brazos de su conquistador; pueblo que en mucho postergaría sus ansias de luchar, seducido por los cantos de sirena de la estirpe que sobre sus tierras no dejó de ver espejismos y delirio.

Las puertas de las edificaciones se abrieron cuando el grueso de los indígenas abandonó la faena para precipitarse a la plaza. Aglutinados contra los muros o repartiéndose entre la periferia, cada nativo contempló con postración la salida de Francisco Pizarro y, siguiendo sus pasos, a toda la infantería armada con lanzas, espadas y ballestas, dirigiéndose sin prisa alguna hasta las silletas dispuestas alrededor de la picota embadurnada. La caballería, en la retaguardia, se desplazó regando el espanto con el tronar de los cascos y el ruido chirriante de los cencerros que no dejaban de agitarse en los caballos. Ceremoniosos, los jinetes encaminaban a sus animales por las calles aledañas sin aparentar orden ni concierto, con el explícito propósito de resguardar a la hueste de cualquier contingencia.

Ganando unos metros más, pude ver con total claridad que el desfile culminaba con el cortejo solemne que encabezaba fray Vicente de Valverde, seguido por el capitán Juan de Salcedo y el funcionario Riquelme, quienes, a paso severo, conducían al inca Atahualpa, sujeto con una cadena al cuello y las muñecas atadas a la espalda. Detrás, desprovisto de dignidad y sonriente hasta el descaro, el intérprete Felipillo farfullaba con impunidad palabras en lengua de infieles para toda la indiada.

Grande fue la conmoción originada por las frases del lengua. Las lágrimas y gritos destemplados retorcían las gargantas de las mujeres que se sacudían sobre sus sitios, atacadas por un portentoso demonio llamado dolor. Contrariados ante la inminencia del acto sin precedentes que presenciarían, grupos de indios marcha-

ron a las afueras de la plaza, a fin de evitarles a sus ojos el contemplar la ilícita corrupción de la carne a la cual sería sometido el último hijo del Sol.

Lerdamente comprendí lo que estaba ocurriendo: Mi esperanza de redención se quemaría en el fuego sin que yo pudiera hacer nada más que observar, convertido en espectador, a mi hado hacerse trizas bajo el ardor de una hoguera reservada a los herejes e infieles y a los enemigos de Dios.

El Inca fue atado de espaldas al tronco de árbol con gruesas sogas que sujetaron su cuello, su cintura y sus tobillos. Amarrado como un animal, no lograba comprender que toda la teatralidad de los movimientos no era una puesta en escena para sacarle más oro a sus arcas ni confesiones expertas sobre parajes de ensueño. Monarca al fin, no tenía por qué concebir que desparratados de ignorancia insultante y codicia sin freno, cometerían la osadía de fallar sobre su vida, cuando ésta sólo podía aquilatarse con los dioses sin rostro de sus antepasados. Uno a uno, fueron reuniéndose en torno a sus pies los leños que servirían de combustible al fuego, consumiendo su cuerpo en negación a lo más íntimo de su creencia, vedándole la dicha de una vida ultraterrena y una momificación fetal, que anticipara un postrer nacimiento al alto mundo de encuentros y regresos.

Observando el cuerpo sujeto del Inca, supe que sus ataduras también venían a ser las mías. Resistiéndose a la resignación, levantó la voz profiriendo una exclamación; pero no se oyó el eco de sus hombres. Atribulado, llamó a su lado al indio ladino que servía de interprete a sus captores. Con un par de palabras le bastó a Felipillo traducir que el señor no aceptaba ser quemado. Es la forma de muerte que merece el infiel, explicó el fraile, como si su sentencia escueta fuera suficiente. En su lengua, Atahualpa escuchó con detalle cuanto necesitaba para consolarse a indicar, en palabras castizas pronunciadas con vencido esfuerzo: De Cristo he de ser. El fraile volteó la vista y en los ojos del Capitán General encontró la satisfacción franca y el consentimiento esperado para realizar el ritual religioso del agua sobre la frente y el nuevo nombre para el nuevo espíritu. Díganme Juan. Así he de morir, con apoyo

del faraute, en un castellano esforzado, empujando las palabras, consternado ante el estupor de su gente, anunció el Inca cristiano.

Los leños fueron echados a patadas de los pies del Inca; desatado, pensó que la libertad le llegaba con aquel compromiso de urgencia, pero su sorpresa no paró hasta confundirse con su último suspiro, al morir cristianamente por la presión de una soga que agarrotó su cuello, tensada desde un palo agujereado, cumpliendo con la muerte al garrote que merecían sus delitos enumerados sin aspaviento ante la ley de España en papel rubricado, la madrugada anterior, en el juicio sumario que en su presencia decretó su fin por los cargos de tiranía y usurpación, regicidio y fratricidio, genocidio y homicidio, poligamia e incesto, traición, idolatría y herejía.

Muerto el Inca, el sol debilitó su brillo y las tinieblas de la noche ensayaron una aparición prematura sin éxito alguno. Ausentes los colores del cielo mientras partían los capitanes y funcionarios, por delante, y los hidalgos resguardándoles, detrás; los hombres sin patria, monarca, ni dios, escudriñaron las alturas rompiéndose en gritos atónitos que el solícito Felipillo tradujo con pasión enfebrecida a un Francisco Pizarro atribulado por las dudas de un acto que, consumado, le parecía torcido. Retrasado, estático tras la puerta mayor de la plaza, supo de las destrozadas ánimas de los salvajes con sufrimiento de hombres y escuchó en lengua de Castilla las palabras abandono, orfandad y final. Con el hijo del dios, muerto en un madero, muchos sintieron que el ocaso de una creencia arraigada estaba cerca, que el poder invicto de otro tiempo, día a día se convertiría en barro y ración para el gusano. Al final, todos juzgaron que la acogida primera a esa hueste de mierda había sido el mayor error de Atahualpa, y con él, de sus antecesores, al considerar su ejecución como un suceso plagiado a los ingenios proféticos de agoreros muertos de valiosos monarcas también muertos; pero solamente algunos pocos se convencieron de que aquel funesto instante era a su vez el momento adulto para iniciar la resistencia tenaz, capaz de recobrar la libertad que habían regalado con pasmosa ingenuidad. De los llantos de las mujeres, plañideros y viciosos, aprendió el Capitán General que

la vida sólo cobraba estima si se ofrendaba al regio muerto insepulto. Con el lamento de los varones comprendió que el cuello agarrotado confería un duelo y un compromiso sin plazos que aguardaba un nombre para tener inicio. Cada detalle, lo fue escuchando Francisco Pizarro antes de reemprender el regreso a la edificación de puertas abiertas, donde Diego de Almagro le aguardaba, con una copa de tinto en la mano, para celebrar el entierro de sus mutuas carencias.

Otra vez me alejé de la plaza, remedando el andar de días pasados sobre el trecho ganado, y con los pasos errando sobre tierra prohibida, me esforcé en mentirme sobre los favores de la vida y de la muerte.

Transitando entre eucaliptos, en la margen derecha de un río anónimo, con el crepúsculo turbando su vista y las gotas de lluvia machacándole hombros y espalda como pisadas de ratón, Joaquín Medina sospechó que le sobraba demasiado tiempo por vivir. Sin ganas de dormir, se hundió sobre el fango pastoso de la ribera y despreocupado de tanta realidad, soñó despierto que burlaba en un navío las provocaciones del Mar Tenebroso, disfrutando cada legua de travesía hasta Andalucía. Con un par de abrazos a su padre y a su madre, recobró las fuerzas perdidas en la aventura perulera, a la que en buena hora renunció, estancado frente a la cuarta raya definitiva en las márgenes del Chira en San Miguel de Tangará. A caballo sobre sus campos, fue tras una doncella que dejara niña y, al cabo de los años, reencuentra crecida y dicharachera, prima de su prima y nuera para su madre. Casado y esperando tres hijos, contó a quien quisiera escucharle, la historia asombrosa y nunca vivida de las sirenas, monstruos y letrados que pueblan el Levante, de los puentes de oro y los pájaros de diamante, de las esmeraldas más grandes que un huevo y las heridas de guerra que no dejan huella si son curadas con rastrojo de piel y veintitrés gotas de savia de traquelonte. Resistiendo al frío, mintió feliz en cada plaza de España, refiriendo los dones mágicos de las piedras nacidas como flores en la tierra extraña y conmocionó palacios con la lengua bien inventada y los cánticos mejor ideados de los salvajes que llamó kalipsas, ansioso de sor-

prender a más de un noble remilgado y denigrante. Sin ganas de dormir, pensó en su tríada de niños recién nacidos bajo la fantasía rumbosa de timbales y cajones, aprendidos a tocar sin maestro alguno en las horas de ocio robadas a la aventura inconclusa, trunca solamente para inventarla con grandes palabras en tiempos mejores. Joaquinito, Capito y Diego corrían acariciando el heno de los lejanos campos de Pravia cuando él tiritaba de frío, naufragando entre la hierba, sometido por la risa invencible de poseso radiante entre tanta tragedia.

Con la noche impuesta entre el barullo de engendros y animales, la vida de Joaquín Medina no se quiso apagar como una flama a pesar de la escarcha, los truenos y la tormenta, porque su memoria, sin consultarle, decidió que poco de lo conservado importaba y que las expectativas y la esperanza, si bien eran inventos de dichosos o fanáticos que en nada concordaban con su condición de paria, serían una obligación inmediata si esperaba engrosar la nostalgia con el único propósito de remediar sus días.

Decidido a proseguir en plena madrugada, con un nombre más manchado que las prendas metálicas que se postraban ante el óxido, dejó para siempre su ballesta olvidada en la hierba y, abrasado por las calenturas de una noche frenética, se internó en las aguas del río, dispuesto a dejarse llevar como un velero liviano hasta una alborada diáfana y tan real como la decapitación del Inca que todos los pueblos despiertos ya aseguraban haber visto.

Con la luz del sol, la vida ya no parecía un carnaval. Aquejado por dolores de cabeza intermitentes y una calentura nefasta, se alejó de las orillas del arroyo con la gravedad de un toro recién capado. Luego de un trecho, decidió que era inútil cargar con tanta hojalata en el cuerpo: abandonada la ballesta, era hora de librarse también de la indumentaria. Desmontándola, no paró hasta quedar desnudo. Contemplando su cuerpo sin vestimenta alguna, no encontró al traidor, al hereje, ni siquiera al español, solamente al hombre. Mudo, sopesando el valor de los términos civilización y barbarie, dio unos pasos descalzo sobre la tierra enfangada, juzgando que el tiempo pasado y con sobresaltos sostenido, era una incógnita minúscula frente al porvenir inaudito; próximo

a pensar que lo vivido era prólogo obligado a una existencia inventada por los descabros de una nueva tierra asumida con pensamientos arcaicos. Con un sayo y otras prendas cubierto, recogió espada y daga y, sin premuras ni obligaciones, tomó la dirección del viento para reanudar su camino.

El tiempo solamente existe cuando es compartido. En una marcha silenciosa, Joaquín Medina no se interesó en el hambre ni en los animales ignotos que se cruzaban y menos, se guardó un instante de ser visto por algún indio en su recorrido; sin rumbo, caminar por la puna en época de frío se había reducido a pasos sobre la tierra y catarras continuos. Sin un destino, daba lo mismo correr que reír, cantar que dormir, soñar que llorar, comer que abrazar; pero aun así, cada metro dejado atrás era una batalla ganada a las ganas de desplomarse sobre el suelo y abandonarse a morir con la paciencia insana del tiempo. Andando, con sus ropas de algodón y su espada al cinto, para un observador desentendido sería un personaje singular, tal vez un ermitaño de precauciones respetables; pero difícilmente podría intuir que aquel hombre de pasos contados, de barba sucia y crecida, era un renegado arrepentido.

En un mediodía con aguacero y una tarde con noche, dejar de caminar es echarse a dormir. Un sueño, el único que siempre recordará, lo lleva por vez segunda a un mundo de bulla y sofocación. Fieras ruidosas, casi uniformes y cubiertas por metal, marchan veloces siguiendo una misma dirección, mientras él intenta ascender unos peldaños de la escalera contigua a la ruta dominada por las bestias desinteresadas en su esfuerzo. Un paso, dos... cae. Un paso, dos, tres... cae. Un sueño, jugueteo de hados que le anticipa el alba, nuevamente el alba, nuevamente, sin una razón valedera para despertar.

Sentado sobre la hierba, con retortijones en el estómago y una fiebre persistente, se obliga Joaquín Medina un motivo para vivir. Piensa: el Inca está muerto; pero extinto él, no pueden extinguirse mis esperanzas. Una revuelta debió nacer cuando el demonio rastroso soltó el alma del hereje ajusticiado como cristiano, para buscar morada en algún otro cuerpo útil y servil. El maligno habita estas tierras desde tiempos sin historia y, hasta que se desplomó

su jerarquía y autoridad, el dominio del monarca le valió para impedir el establecimiento del cristianismo. Espíritu insurgente, no renunciará hasta recuperar estos dominios. Sirviéndose del imperio de algún indio de dinastía noble o coraje embravecido, acabará con los soldados de España, agrediendo así a la Santa Iglesia y a Dios. Ahora, en este territorio de millones de indígenas, se debe estar fraguando un levantamiento rabioso que el capitán Pizarro, mareado por el néctar de la victoria, no logrará percibir. Yo seré, necesito ser, quien consolide la fuerza del Señor en estas tierras. Adelantando mis movimientos a los sediciosos, debo ser el último en quebrantar entrañas y coraje por la verdadera fe.

Con los rayos del sol despertando la vida, supo el soldado Medina, el cruzado Medina, el desquiciado Medina, que habría de recorrer todo lo habitable de esas tierras ignotas acosando al fantasma de la insurrección, para darle una razón valedera a cada nuevo día por inventar y así, reconciliarse por fin con un Dios inflexible que no entiende de medias tintas ni titubeos, cuando el credo de sus hijos está en juego.

Joaquín Medina dio inicio a su marcha, enajenado por el frenesí de sus deseos. Atravesó un río, cazó un animal y luego otro más, prendió tres fogatas que descuidó sofocar y tomó el imponente camino inca, inacabable y empedrado, tan amplio como siete pasos de hispano, mejorando el paso sobre montañas y cumbres, para los ratos osados que le asaltaban antes de algunos crepúsculos. Mantuvo su andar pausado y luego aceleró el trote, corrió cuando no quiso y se detuvo y refugió cada vez que se asentaba la noche. Descansó en quebradas, apreció la calidez del clima en las llanuras y refrescó mejor su cuerpo en sus aguas frescas, licuadas desde la puna habiendo sido hielo. Dio nombres olvidables a frutos y plantas, examinó animales pequeños que nunca su familia vería, reconoció lugares y apreció en cada tramo la variada geografía y las tierras de historia inédita que en letras de Castilla se divulgaría. Arrojó guijarros a la distancia, jugueteó dos veces como un niño entre rocas descomunales puestas en un valle improvisando un laberinto y tarareó una copla de su pueblo que no evocaba desde mozuelo. Cruzó su vista con docenas de indios, unos recelosos,

otros avezados, temerosos los más; trabó lucha con cinco en distintos sitios, tres de ellas fueron teatrales muestras de puños que culminaron antes de dar inicio y las otras dos, devinieron en victorias dudosas con sangre tiñendo rostro y torso de cada oponente sin llegar al homicidio. Se sintió fatigado o embravecido según la claridad del día, y, siguiendo su humor, frecuentó durante semanas poblados de indígenas, pero no encontró más que casuchas de adobe y techos a dos aguas improvisados en paja, madres con hijos pequeños y grupitos de ancianos compartiéndose bagatelas. Por vez primera conoció en los otros el hambre. Lejos del camino inca que seguía como quien va a Roma, las cosechas no abundaban y las mujeres esforzaban sus mañanas arrancando ramas de los árboles y los niños se engañaban chupando frutos todo el día, mientras los entierros de viejos aumentaban con los pesares, semana tras semana. Hasta que una tarde contempló, cerca, peligrosamente cerca, dos palos atravesados haciendo cruz, cargada por cuatro indios encadenados; tras ellos, fray Vicente de Valverde y con él, tramontando el cerro, algunos Pizarro jineteando sobre sus caballos, y millares de indios sujetos por sogas y grilletes, con bultos en las espaldas y cuerpos exhaustos que no merecían conocer el descanso. El grueso de la hueste perulera, arreando a sus porteadores como lo haría con el ganado, caminaba triunfal sobre la puna incógnita, envanecida, decidiendo sobre el destino de cada natural que se cruzaba en su camino. Joaquín Medina volvió a ver, luego de aquel sábado remoto, al recio Gines de Carranza del tercer grito de Santiago, espoleando su caballo con la espada desenvainada, como tantos otros, agujoneando infatigable a los salvajes que andaban medrosos con sus cargas. Lo notó envejecido, corrompido. Buscó en la caravana el rostro de Ramiro de Chaves, pero no dio con él, no estaba.

Joaquín Medina prosiguió su marcha sin dejarse turbar por esa aparición de tarde sin lluvia. No se preguntó si su cometido era el correcto ni repensó con gravedad dónde se encontraba, dio un paso y luego otro y así, llegada la noche y luego el alba, burló grupos de indios armados con hondas y con flechas, pero sin cabeza militar que les gobierne, distribuidos por senderos enmarañados o

reclutando hombres en caseríos; aprendiendo al atravesar nuevos poblados, que la mendicidad entre pobres se hacía más inútil y miserable cuando se extinguía la esperanza. Dos indias le estiraron la mano y tres niños abrazaron sus piernas pidiendo en habla de gentiles lo poco que tenía para darles. En el camino inca, dos alpacas muertas y buitres formando en los aires un anillo desde lejos, provocaron la llegada de ancianos, fortalecidos por la dádiva de los dioses que animaban sus ánimas ofreciéndoles un paliativo al hambre. Días y noches se repitió Joaquín que buscaba un Inca a quien dar muerte entre tanta exposición de agonía. Se sintió un necio y también un estúpido; pero cada paso por dar era solamente razonable, persiguiendo aquel cometido impreso de manera indeleble en su espíritu.

El viento le silbaba de cuando en cuando, noticias anónimas sobre sucesos imprevistos; así, mejoró sus presunciones sobre la fastuosa ciudad del Cuzco ni ignoró su fundación como ciudad española y, en buena cuenta, obtuvo la certeza mayúscula sobre los alzamientos aislados que advertían cada paso de los caballos y los hispanos. Siguió andando, corriendo y descansando, según el buen parecer del día. Subió cuestas y contempló desde planicies incontables el paisaje prodigioso que se repetía o se calcaba o se completaba a cada momento. Aprendió a disfrutar de las lluvias y reconquistó el gusto por las tardes grises entre poblados sin gente ni animales ni plantíos. En oquedades de las montañas, descubrió una danza de alucinados que cantaban como aedos sin música, entre saltos y maromas del cuerpo, relatos incomprensibles para humanos cuerdos y sensatos. Bebiendo un brebaje marrón y esparcidas sobre una manta roja hojas nervudas y retazos de ramas, recibían los brujos rectores ofrendas sangrantes de manos de niños y niñas salvajes, quienes entre pasmo y alegría, formaban parte de ese espectáculo macabro donde más de una vez vio una cruz quebrada entre papeles escritos y oro fundido. Desconcertado, retomó caminos y sendas, durmió en los días y vagó por las noches, birló comida y aprovechó techos sin dueño. Reafirmó más que nunca sus intenciones... anduvo, corrió y descansó.

Ante un río imponente: Apurímac, aseguraría que el viento le silbó, dio con un puente majestuoso hecho de lianas, madera y caña, colgante entre dos cúspides, balanceándose sobre el torrente energético a alturas imposibles, retando a la ingeniería de su tiempo y su civilización. Paso a paso tomó confianza de ese amasijo emparentado con la naturaleza y, paso a paso, dejó atrás las furiosas aguas parlantes, mientras sufría a cada segundo el frío inclemente de los nevados, confiando en que la sequedad de la tierra siempre anticipaba la abundancia, la frondosidad, el follaje hirsuto e inservible. Cumbres y barrancos esforzaban su recorrido entre matices niveos, entre sonidos estruendosos y, acaso, prefiguraban el colorido a la vuelta de una quebrada, inventándose una llanura. Confundido, extraviado por tanta diversidad, a fuerza de vencer desmayos logró retomar las cercanías al camino real, rumbo a la capital del incario.

Gritos, gritos. En las moradas de adobe y paja ya no reposan ni las ánimas. Alaridos y clamores. Las gentes de cada pueblo se levantaron una mañana para no volverse a recostar más: Comenzó la insurrección. Eludiendo el gran camino, Joaquín Medina siguió a distancia la marcha de las legiones de indios pintarrajeados los rostros con sangre, armados con macanas, porras, flechas y hondas; trajinando en escuadrones, bajo el compás que imponían caracoles marinos y tambores.

Se fundó la Ciudad de los Reyes, la Capital del Perú. Sí, Perú, ese nombre nacido con las burlas de los desertores, es ahora promesa de aventura y desventura, le murmuró el viento una mañana de domingo a Joaquín Medina, quien no llegó a saber que el capitán Pizarro mandó clavar una picota en el valle del Rímac, a los pies del cerro con disfraz de volcán, y con un certero tajo de su espada, luego de proferir en alta voz la fórmula de la proclamación, del desafío a quien se opusiera a lo dicho y de la ejecución, con los sables de todos los concurrentes hacia el cielo, asentó la bandera y el designio de España. El viento tampoco le trajo cumplidas noticias sobre la alarmada estadía de una reducida hueste al mando de los demás Pizarro, Hernando, Gonzalo y Juan, cercados por indígenas de variado linaje, incitados por los presagios

de un sumo sacerdote y comandados por otro último Inca, entre los templos y las fortalezas de la ciudad del Cuzco.

Una tarde, con el sol abandonando el cenit, Joaquín dejó sus últimos frutos por acres y con el estómago vacío del mediodía en blanco, pero el corazón levantado del suelo, dejó de ver casuchas de adobe para contemplar casas de piedra a dos aguas, caminitos de toda laya y acueductos camuflados en la roca hosca y el verde natural de la cañada. Receloso, escuchó exclamaciones y lamentos proferidos por un mundo situado al este y decidió esperar, como en las peores ocasiones, la llegada de la noche para continuar.

Sin luz de sol ni de luna, reanudó la jornada con cautela. En las tinieblas, rojas estrellas tintineaban sobre los cerros. Sin prisa, tramontó una colina lejana con la intención de apreciar tan extraño panorama: Humeantes llamaradas sin número vigilaban desde lo alto el Cuzco. La guerrilla indígena tenía cercada la ciudad a partir de los montes y lo hacía saber con fogones dispersos, acercándole un cielo de sangre en la oscuridad. Abajo, en la llanura, el poblado edificado en piedra sufría las flechas incendiarias que caían sobre techos de paja y madera, dotando de luminosidad mortuoria a la noche. Los caballos relinchaban asustados junto a los destemplados sollozos de salvajes aliados y no pocos hidalgos, ante la novedad funesta del ataque irracional de sojuzgados embravecidos, que preferían quemar por entero su Capital, antes de dejarla en manos del invasor que no tuvo ningún reparo en profanarla. Aquél es mi salvación, se dijo Joaquín Medina, mirando el fuego que chispeaba en la ciudad, siguiendo con la vista la trayectoria marcada por cada saeta, distinguiendo con dificultad la litera inmensa del hombre sin rostro, sentado sobre oro, elevado en hombros.

Bolas de fuego descendían, formando trucas parábolas en el cielo. De manera alternada, atacaba una cuadrilla mientras el resto bramaba con estruendo, aclamando furioso la agresión certera. Rugían los cerros y temblaba la tierra. Hasta la alborada, incendiaron techos, muchas prendas y un tanto las calles y las edificaciones. La piedra que en buenos tiempos erigieran, se tiznó y debilitó, pero no cayó. Dieron muerte a esclavos e indios ladinos,

mataron hispanos y caballos, mas la batalla aún no había terminado. Refugiado entre las fortalezas menos afectadas, Hernando Pizarro decidió enviar cuatro mensajeros hacia su hermano en la Capital, sirviéndose de diferentes caminos a través de las escasas lomas despobladas, y, con los suyos, resistir lo que resisten las piedras, todo el tiempo que durase el asedio.

Sesenta españoles y más de dos mil indios, entre cañaris, chachapoyas y huancas, recibieron la bendición de la misa, celebrada con sobresaltos entre cenizas, tras los primeros rayos del sol, bajo un sospechoso ambiente de calma. Joaquín Medina, amparado en el sosiego de la mañana y la invisibilidad de su pequeñez entre tanta naturaleza, empuñó su espada y tanteó los primeros pasos sin dejar de observar la ciudad sitiada. Desde lo más alto de la loma y con la plena claridad del día, le abrazó un terror similar al que paraliza a los místicos cuando creen ver a un dios llagado y contrito. El Cuzco, construido con los rigores urbanísticos de su credo, exhibió a sus ojos su forma de puma andino, yaciente de lado, entre ríos templados, sembradíos descuidados y montañas tomadas. Ubicó cabeza, patas y lomo modelados con piedra, cuando el verde de los campos cada vez más pajizo, resaltó en el contraste sus formas.

Turbado, lo sedujo la tentación morbosa de recorrer esas calles como un niño herido paladea su sangre. Sabía que una acción así sería negligente e insensata, también irresponsable poner en riesgo su propósito por un arranque de curiosidad; pero los rayos del sol centellando sobre las piedras, dotando a templos y murallas de un fulgor inaudito que transitaba desde el ámbar hasta el carmesí, sacudieron su ánimo por entero. Desempolvado su arrojo, inició el descenso hacia el valle con la cautela que el sospechoso cese de las hostilidades le obligaba.

En los cerros, un ambiente festivo nutría los cánticos de los naturales. Tambores y flautas de caña celebraban el feliz augurio de victoria de las esperanzas mágicas, nacidas con la *decapitación* del Inca de cuerpo impoluto, quien regresaría a reinar tras el exterminio posible de los falsos viracochas.

Llegado a la orilla del río que cercaba al oeste la ciudad, lo crucé por uno de sus puentes obrados en peñones opacos y, transitando ya el cuerpo del animal, pude observar en toda su inmensidad la elevada construcción que, al norte, le servía de cabeza e inicio. Porosas rocas ciclópeas, reunidas sin argamasa, dispuestas en tres niveles diferentes a manera de terrazas escalonadas, resguardaban dos torres cuadrangulares y una cilíndrica de cuatro o cinco pisos, trabajadas en piedras medianas y pequeñas en lo alto, abultadas como almohadillas antes de coronarse con hornacinas refinadas en cada cúspide. Toda la fortificación se sometía a un portal descomunal en forma de trapezoide y se escudaba en infinidad de muros opacos y verduscos, inclinados contra la buena ciencia, respetables grados hacia su interior. Encandilado por la capacidad de amoldar los ingenios urbanos al paisaje, quise tentar a mi suerte y proseguir el descubrimiento insensato de aquella Capital destronada; pero la intempestiva barahúnda de los salvajes anticipando un ataque que no pretendía ocasionar muertos sino desamparados, me hizo reconsiderar decisiones y, juicioso a fuerza, también mi cometido. Un alarido de castellano hizo saber a quien quisiera, que un puente había caído hacia el oriente y no tardó otra plataforma en caer poco más al norte, sobre aguas que debilitaban su torrente. Así las cosas, quedaba todo suficientemente claro. Los salvajes no repetirían el error que hicieran mayúsculo en Cajamarca, no batallarían cuerpo a cuerpo entregando el pecho, sino, limpias de sangre las manos, mediante un cerco matarían de hambre a cuanto necio escondiera el pellejo en la ratonera que destruyendo, estaban erigiendo.

Pensé rápido. Las decisiones nunca son buenas ni malas, solamente se toman. El puente que hacía poco había cruzado, seguía intacto y sin amenaza alguna. De este lado, se agudizaría el hambre y el encierro; del otro, subsistía la parodia de libertad y, por más inaccesible que fuera, la posibilidad de cumplir mi propósito sobre el proyecto del más reciente último Inca. Dejé correr mi vista una vez más sobre el Cuzco y traspuse su frontera de agua tras un refugio en los llanos, ignorado y pasajero.

Todos los cerros estaban tomados; en sus faldas, numerosos indígenas demolían las construcciones aledañas a la ciudad. En una cueva, sin alimentos ni agua, Joaquín Medina, recostado entre piedras calcáreas, cubierto por sombras informes, mascando sus anhelos, atendía con dificultad los rumores que le traía el viento: Las raciones de comida entre españoles se reducirían y los esclavos e indios a sus cargos, se alimentarían de frutos o de sobras. De mal grado aceptó la hueste que debían persistir en la defensa de la ciudad hasta la llegada de respuesta desde la Capital. Mas nada dijo el viento sobre la preparación, en las alturas, de cuantioso número de antorchas y flechas para incendiar depósitos y graneros si no era posible el exterminio del cuerpo de tropa entero, bajo el negro manto de la noche.

Sin preocuparse del tiempo, intentó Joaquín engañar al hambre con el sueño. Recostado, con los ojos cerrados, pensó sin encontrar un razonamiento fiable para abordar al Inca caudillo enseñoreado en el cielo. Paciente, dejó pasar las horas hasta la noche alumbrada por centellas incendiarias que caían sin concierto sobre calles y plazas, edificaciones y potreros. En el umbral de su covacha, contempló como a estrellas fugaces las saetas precipitadas desde los cerros. Exhausto por las carencias y no por el cansancio, dio media vuelta y se internó entre las tinieblas, indiferente a destinos cada vez más ajenos, consciente de la dureza de una existencia aislada que devastaba hasta los más testarudos anhelos.

La vida es, por fortuna, una derrota tenaz a las expectativas. Cada día siempre termina inconcluso, desafiando a finalizar en el siguiente, la renovación perpetua de lo pendiente. Pero si las expectativas, una a una han sido víctimas fatales de la realidad, si están extintas en el ánimo del hombre y la memoria no encuentra el camino para inventarse recuerdos, la vida accede al alto nombre de muerte. Joaquín Medina posó sus ojos sobre las rocas negras, la tierra negra, los insectos negros y se insistió en la valía de sus esperanzas y de la salvación de su alma trastocada en ensueño. Con la vista queda, rezó, rezó una oración sin avemaría ni padrenuestro, rezó un lamento de amparo y misericordia. Como una letanía, reunió nombres santos y paganos en un pedido de protección que no

tendría respuesta. Afuera, las lenguas de fuego se extinguían con rapidez. Aleccionados, indios y esclavos habían ocultado cuanto quedase de inflamable en las moradas y las calles. Entre las construcciones pétreas, recio refugio de españoles y sus caballos, las llamas persistieron lo que tardaba en surcar el viento.

El ataque duró toda la noche; pero el desánimo entre los naturales se fue extendiendo ante los resultados minúsculos de una brega incendiaria soportada sin más esfuerzo que esconderse a buen recaudo.

Joaquín Medina despertó con el barullo animoso que le llegaba desde los reductos de la ciudad. La resistencia tenaz entre las sombras, con la luz del sol se cantaba como victoria. Sorprendido, tanteó unos pasos alejándose del umbral de su covacha y distinguió con dificultad, en la vera contraria del río, a ocho jinetes armados, tomándose todo el tiempo del mundo para reconocer las cualidades del puente que podía unirlo con la ciudad. Al rato, con dos explosiones de pólvora se trajeron abajo el ingenio de piedra. Simultáneamente, otros estallidos retumbaron a lo largo del valle, desafiando la apatía de los naturales, apostados sobre los montes.

El descalabro fue general. Los esclavos, siempre ignorantes de las decisiones tomadas, salieron a las calles espantados por el Apocalipsis que les embestía; mientras que los indígenas atraídos a la causa de España, no comprendían un despropósito tan violento; pero mayor fue el desgobierno que cundió entre los sitiadores, quienes descendieron desde las alturas en tropel hasta las orillas reventadas por las cargas explosivas. Con armas en ristre, cada natural fue recibido con disparos de arcabuz que lograrían contrariarles el viaje al alto mundo de abajo, fulminándoles el pecho. Venciendo el terror, los que venían detrás pasaron sobre sus muertos para intentar cruzar a nado las aguas que los separaban del enemigo. En la desesperación, muriendo ahogados algunos y otros exhaustos por el trayecto, no pocos dejaron la vida bajo los cascos de los caballos luego de alcanzar la orilla contraria, sin poder compartirse siquiera palabras de aliento. Del otro lado, las inútiles piedras llovían sin causar más daño que rasguños a los hispanos.

El cerco, que fortalecidos en las alturas habían establecido los rebeldes, terminó de consolidarse con las maniobras de sus rehenes. Destruídos los puentes, a la ciudad del Cuzco sólo se podía acceder a nado o bajando por la amplia pendiente del norte o el empinado declive del sur; aislada, la victoria se inclinaría hacia quien detentara la más indestructible paciencia y la mayor resistencia a la hambruna. Fatigado, el mundo andino sólo existía luchando por reconquistar la tierra que les daba identidad; pero en ese esfuerzo, la propia tierra había sido descuidada en los obrajes de sembrío y cosecha; así, las manos estiradas de niños y mujeres eran el reflejo exacto de los brazos partidos de sus hombres, levantados en la lucha por recobrar las pertenencias de sus ancestros. Campos secos, sin mano de obra que los trabajase; cultivos destruidos por las lluvias inclementes que no tenían quien las moderase con ritos arcaicos; terrenos áridos sin las ofrendas a dioses intolerantes frente a imperativos urgentes; toda una tierra empobrecida por la carencia de faena constante de sus moradores, atrajo un tiempo de hambre insólito que tenía capacidad de aniquilar tanto a un bando como al otro. Sitiadores y rehenes enfrentarían en circunstancias similares, fuera de las llamaradas que tendrían poco por incendiar o las escaramuzas limitadas ante accidentes geográficos que las harían lentas y vulnerables, a un enemigo común que no sabía de plazos ni de clemencia.

Joaquín Medina, asimilando con estupor los signos imprecisos que tanta realidad le facilitaba, decidió esperar unas horas, horas de forzada calma, para atender a su entraña en los requerimientos vitales que le agujoneaban sin pausa. Metido en su covacha, esperó el silencio absoluto para entrometerse entre arbustos tras un poco de alimento. A lejanos pasos, frutos exóticos fueron suficiente motivo para un entusiasmo voraz que no tuvo reparos en sabores ni gustos ambiguos. Hambriento, no receló en cazar animales pequeños que le facilitaran días con menos tormentos, aunque debiera secarlos al sol y comerlos sin pasar por el fuego; pues nada era mejor que la seguridad de contar con algo de carne para el cuerpo y, así, poder concentrar esfuerzos en intentonas entusiastas a fin de acabar con el indio irresoluto que lo tenía anclado

a esa vida errabunda, tan insostenible y dilatada. Pero, ¿no terminaría desbarrancándose desde sus crecidos proyectos por andar suponiendo quimeras?

Semanas transcurrieron sin un estallido, tampoco un solo derumbe de flechas o piedras. En los cerros, los indígenas elevaban cantos a ciertas horas del día, dejando sentir en cada rincón del valle, junto a un sonido persistente de tambores, sus voces adecuadas a la melancolía. Ni las intenciones, aplastadas en la mente antes de ser puestas en práctica, ni los ataques entre bandos rivales, volvieron a tener inicio. Confiado del poderío de su cerco, el altivo indio de la litera había desestimado las agresiones por inútiles y cifrado toda esperanza en alocar por desesperación o matar de hambre.

La comida comenzó a escasear dentro y fuera de la ciudad. Los esclavos, sin poder acostumbrarse al frío de la puna, no sobrellevaron el incremento de sus males con la hambruna. Durante semanas, negros forzados de Guinea morían insepultos en las calles de piedra y terminaban arrojados a las aguas del río helado, que de vez en vez, se mostraba teñido de sangre de guanaco desde sus afluentes cercanos, pues los sitiadores también confiaban en agotar de sed, emponzoñar las entrañas o cuanto menos, enfermar el espíritu de los hispanos. Hombres con familia, muchos insurgentes suplicaron a su señor la generosa merced de interrumpir la lucha para no dejar morir a los suyos, con la firme promesa de una vuelta inmediata. Las deserciones fueron aceptadas cuando Manco Inca y el *Villac Umu* contemplaron los campos secos y destruidos; pero éstas aumentaron y aumentaron sin más consentimiento que la necesidad de saber que había sido de la parentela. De a pocos, el ejército rebelde se fue reduciendo, despoblando cerros y debilitando sus fuerzas. En la ciudad, los españoles devoraban cuanto animal aún quedaba, estiraban el sueño y parcelaban en trozos cada vez más pequeños la comida. Los indios aliados esperaban la muerte con estoicismo, sin mendigarle a los hispanos un grano ni desesperarse por huir de su reclusión elegida a voluntad. De cueva en cueva, Joaquín Medina había saludado a la muerte cinco veces, antes de ingerir una rama o un roedor que

caía como ofrenda en sus manos, librándolo de la inanición luego de secarlos al sol. Desplomado sobre la tierra, sin moverse varios días, no sabía que los montes se habían quedado sin gente luego de la ininteligible amenaza en cristiano de regresar con mayores fuerzas; ni sabía que los españoles comenzaban a salir de su encierro, reconstruyendo de buena gana los puentes, mejorando sus ánimos, sellando la victoria.

Una mañana, un ave se posó al lado de su hombro derecho y le cantó con dulzura una tonada repetitiva. El sonido atrajo a Joaquín de un lugar extraño que desde sueños pasados ya conocía. Había vuelto a caer y caer y caer. Recogido por el trinar insistente, dio media vuelta y contempló la luz del sol, potente y vivificadora. Aspiró con dificultad el aire húmedo y terroso de su covacha, mientras miraba al ave que silbaba ahora bajito, cruzando sus ojos con los suyos. Sintió un hambre voraz al ver ese cuerpecillo menudo, tan chirriante como colorido. Estiró con grande esfuerzo el brazo; sin embargo, el pajarillo no intentó escapar de la mano lenta que le apretó el cogote. Sentía hambre. Detuvo su atención largo rato en las tres plumas celestes que arrancó de la cola del ave para reto de su razón aletargada, que abrumada recuperaba colores y olores, sensaciones, cuando el recuerdo de los hechos pasados le refrescó dónde estaba. Dejó caer las plumas y, al poco, soltó a su cautivo, el cual voló hasta la entrada de la cueva y luego hasta el infinito. Sin conseguir ponerse de pie, se arrastró entre hongos y despojos hasta la claridad del día; afuera, nada cambió, sólo la manifestación de una irritación urticante en sus ojos de topo que le negaba la visión. Exhausto, de bruces sobre el suelo, me abrazó un calorillo placentero que regalaba a mi cuerpo mucho de vida, después de haber sido asediado por la muerte cinco veces y más. Sin sueño, roncó con el estruendo vital que a su existencia le faltaba. Pasadas unas horas, se puso de pie para caerse una, dos, tres veces. Al cuarto intento logré unos pasos hasta una piedra, de ahí otros hasta un arbusto, hasta unos frutos. Ser hombre también es parecerlo, me dije esforzando los músculos de mis piernas, manteniendo erguida mi figura. Comió árboles y de los árboles durante una semana, hasta que recuperó la ambición de cazar algún ani-

mal que le devolviera su peso y sus fuerzas. Convertido en remedo humano, con las costillas salientes y el rostro demacrado, cogió con intenciones tozudas un animalillo peludo que le bastó para un día. Así, sin preocuparse por el barullo de la ciudad cercana, siempre despierta y en marcha, volvió a ser el último recuerdo de quien era.

Con la espada y la daga carcomidas por el óxido, con sus prendas enmohecidas y echas jirones, reanudó Joaquín con firmeza sus pasos, alejándose del Cuzco por la margen contraria del río. Lejos, muy lejos ya, se quitó todo lo que llevaba encima y se desplomó sobre el agua rica, bulliciosa, fría, transparente, espumosa, viva, agua viva recorriendo su cuerpo, extasiado por la sensación de frescura que lo envolvía.

Sumergido hasta el cuello, se detuvo a imaginar qué podría haber ocurrido en el sitio del Cuzco. La imagen difusa de tanto español desconocido conservada de la orilla opuesta del río, le llevó a creer en refuerzos llegados en tiempo oportuno o una colonización más grande que cualquier cálculo enfebrecido del Capitán. Entre sus recuerdos, le pareció haber oído del viento la fundación de nuevas ciudades; pero sobre todo, la muerte del adelantado Almagro y, después, el asesinato rastrero del conquistador del Perú, don Francisco Pizarro. Recordaba estupefacto que el viento le confió la llegada de un emisario del Rey de España, afanoso en transformar al Perú en un Virreinato. Todo era muy vago y confuso. Hundió también la cabeza en el agua y se dejó de cavilaciones inservibles entre esa bella serranía de campos renacidos.

¿Dónde había sucumbido su Inca?

Joaquín reanudó su marcha sin rumbo preciso. Con el Cuzco disfrazado de ciudad española, se figuraba destruida la resistencia incásica; pero asimismo, intuía que el palpitante orgullo de raza salvaría de la extinción a los afanes de revuelta. Sin rumbo, atravesó a distancia poblados que dejaban escuchar lengua de gentiles y también de Castilla. Como en el tiempo de la insurgencia, los hombres no estaban en sus casas y las mujeres habían asumido con empeño la labor de los sembríos, los ancianos eran una excepción y los nuevos niños, masticando palabras que no respeta-

ban las bondades de algún lenguaje, imitaban la faena de los campos. Un muchachito que parecía bordear los doce años se acercó a Joaquín alejándose de su grupo, abandonando el trabajo en los cultivos. Su rostro era trigueño, pero su nariz no era aguileña y un ostensible vello le surgía de los brazos. Le preguntó tanteando el español, de dónde venía. Del Cuzco. Conoci esté la Catadral. ¿La Catedral?. Sí, Catedral... ¿Conoció? Joaquín observó al muchacho con atención y descubrió en sus facciones que no era un indio, ni tampoco los niños que venían de lejos corriendo a saber quién era el extraño. Comprendió entonces que aquellos navíos llegados con menos de doscientos españoles, habían sido las puntas de lanza de una avalancha de forasteros que tenían dominada toda la región, al amparo de regios escritos. Los niños que lo rodeaban ostentaban la impertinencia y la naturalidad de una raza ajena, pero vivían en casuchas de adobe como los hijos de india que eran. Recordó como si de un sueño lejano se tratara, el desconcierto que reinó cuando decidió abogar por la vida de las salvajes y sus niños, solamente útiles para alimentar a los perros. Son personas, anunció en voz muy alta sin afán de actualizar su antiguo reclamo, mientras el anillo de muchachitos que lo cercaba se comenzó a dispersar ahora desconfiado. No olvidaba el rapto de infantes, tiernos, indefensos, para arrojarlos a tres o cuatro perros que se divertieran olfateándolos, meciéndolos, para finalmente despedazarlos entre gritos inalterables, tan presentes, que nunca podrá acallar. Recordó las brutalidades que cometiera casi toda la hueste con las mujeres en los campos. Se las pasaban como prendas de uso común, penetrándolas tantas veces como el deseo lo exigiera, mejor aún si era frente a sus hombres, atados a troncos de árboles luego de una golpiza, sollozando la incapacidad de intentar cambiar algo, mientras ellas servían para aplacar ardores que sólo se ahogaban con la sangre derramada por el desgarro de sus miembros destrozados. Tiradas en el suelo, manchadas, muchas servían para hartar a los perros; otras, ni siquiera para eso. A cuántas de ellas arrojamos a los ríos como a bultos inservibles, luego de extinguirles la vida con tormentos añadidos a la violación. Todos teníamos madre y Dios, algunos hermanas o esposas, todos salimos

de España con la esperanza de llenar nuestras arcas y, tal vez, expandir la fe; pero ninguno era realmente una bestia hasta que tocamos estas tierras y cultivamos el alcance de nuestro poder.

Aquellos niños que corrieron hacia sus alarmadas madres, eran hijos de españoles anónimos, que luego de satisfechos, se ausentaban durante algún tiempo antes de volver con otros rostros y los mismos apetitos, a engendrar más críos, instaurando una conquista recíproca con su simiente, compartiendo sus rasgos, su temperamento y rezagos de su lengua, aportando los lastres y virtudes de su cultura. Un pueblo sin padres, que no era una singularidad nefasta sino la frecuente y brutal realidad de todo el continente, expuesto a la mirada de un paria como Joaquín, se transfiguraba en una de las secuelas más inhumanas de la conquista.

Perplejo ante una prueba más de lo que se hizo con la espada resguardando a la cruz, dudó, después de muchísimo tiempo, sobre el dios que bendecía el sueño de las hordas españolas cada noche. Su afán irracional de dar muerte a un Inca, se estrellaba contra la reivindicación urgente de tanta gente ultrajada en una catástrofe de dimensiones cósmicas que había aniquilado voluntades y libre albedrío, trastocado el orden y arrebatado territorios e identidades, reemplazado dinastías y arrancado dioses. Si todo era maléfico en ese tiempo de gentiles, ¿por qué nosotros, procurando instaurar el buen tiempo, fuimos quienes envilecimos?

Confundido ante la vecindad entre el bien y el mal, entre lo honorable y lo deshonesto, no sabía cómo obrar ni qué resolver. El ansia de reconciliarse con sus coterráneos se había muerto con el Capitán General o Diego de Almagro; pero la avidez de apoyar la formación de una revuelta capaz de extinguir tanta atrocidad, reflexionó mirando el trabajo a grillete en las minas, los latigazos blandidos sobre las espaldas abiertas de por vida de los varones, los caballos aplastando con sus herrajes el pecho de ancianos considerados inservibles por no levantar con agilidad las piedras de sus propias sepulturas, no era el camino que aceptaba para su fe desahogada. Evocó una remota mañana en que despertó convencido de aniquilar a quien levantara sus fuerzas contra la constitución de un estado hispano y la fe cristiana, con el fin de alcanzar

el perdón de Dios. Mañana tan, pero tan remota realmente, en la cual creyó su ingenuidad que todos los caminos de la convicción son los correctos.

Poco quedaba del portentoso camino de los incas, trabajado en piedra, mimético con los detalles de la naturaleza y extenso hasta el delirio. En vez, se transitaba sobre tierra aplanada por pasos de caballo y ganado, por las pisadas de aventureros y caza fortunas. Alejados de las ciudades y poblados que adoptaron la forma de damero para sus solares principales y encuadraban la plaza principal con un templo a su diestra y el recinto para el gobernador a su siniestra, se ubicaban los indígenas que habían escapado de los trabajos voluntarios que la ley les obligaba. Algunos, reunidos por la necesidad de cooperar para merecer alimentos o vestido; muchos, en cada pueblo, en cada ciudad, se mantenían unidos para luchar con el sostén de la acción y otros, de la desconcertante inmovilidad.

Cerca de una cueva, como viera tiempo atrás, grupos de hombres y mujeres contemplaban la danza frenética de alucinados personajes que recitaban letanías sin pausa ni descanso. El ritmo se hacía trepidante cuanto más difíciles eran las acrobacias de los tres muchachos, mezclando lenguas de antepasados y mencionando con furia algún nombre de persona o ciudad en castellano. Acompasados, se alejaban o cercaban a un anciano centenario que arrojaba al viento hojas de coca, mientras libaba y libaba licor sin embriagarse, procurando que la sangre embadurnada en su rostro lo guardase de agüeros rencorosos. Las palabras se atropellaban en las bocas de los danzantes, quienes goteaban sudor sobre la tierra áspera que no les hería la piel ni los ánimos. El tiempo se detenía a la seis de la tarde, cuando la gente alrededor, poseída por la fuerza de la representación, avanzaba hacia el sacerdote decrepito y profería sus últimas palabras en español, renegando del bautizo cristiano y sus nombres copiados de Castilla. Regresados todos al tiempo sin hispanos, se libraban de ser sirvientes y esclavos de trato, para formar una naciente comunidad de resistencia espiritual que renunciaba a todo lo foráneo hasta que la fuerza del caballo y la pólvora, nuevamente, los regresase a trabajar sin

comida en los campos, a martillar las oquedades de las montañas extrayendo la plata o a ser animales de carga.

Muchas veces contempló Joaquín en otros lugares, repetidos los gestos y las maromas de ese rito panandino que no levantaba un arma, pero poco lograba por librar los cuerpos. Errando sin encontrar en aquellos predicadores de apostasía la redención de su espíritu, supo de levantamientos aislados en provincias apartadas de las fuerzas del Estado. Todas comenzaban hostigando pequeñas ciudades, captando los indios a sus medio hermanos mestizos, quienes no eran indígenas de habla ni religión, ni tampoco españoles de profesión ni derecho. Se tomaban de las casas las armas del opresor, se ajusticiaban autoridades y quemaban las banderas del Rey distanciado y mentiroso; pero todas caían por delación, aplastadas por la lengua ordinaria y rastrea del traidor pervertido, quien ponderaba en cada acción el mayor provecho a sus arcas y sus intereses, quien saludaba al más poderoso sin importar el estandarte ni la tierra. Todos los alzamientos culminaban en la plaza cuadrada, al lado de la pileta de piedra o de metal bruñido, con la horca, el descuartizamiento y la hoguera para el insurgente caudillo, su familia y amigos. Todos los alzamientos morían a los días, a los meses, a los años de comenzar; pero siempre morían. Joaquín fue tras una revuelta en la puna del Collao, pero llegó cuando todo estaba extinto; fue tras otra, surcando en balsas los ríos y atravesando montañas, para enterarse por hombrecillos anónimos que un nombre mestizo se aventuró a vender por un título y una española, a toda una esperanza de indios calculada en menos libras de oro y plata que sus pretensiones. Subió y bajó nevados, dejó atrás cañadas y burló caminos, para conocer a tanto rebelde que libraba la gran batalla; sin embargo, encontró siempre en ellos la perversidad, las discordias y el atropello que reconoció también en los hombres de España. Una a una, las revueltas como sus expectativas, habían muerto.

El desorden, reprimido con repartimientos, con castigos y prebendas, había hecho del Virreinato un hervidero de protestas y también de omisión. Los hijos de españoles, nacidos fuera de la metrópoli, protestaban por los derechos que les restaban los cons-

tantes enviados de su Majestad; los mestizos se quejaban de éstos por relegarlos a la nulidad y el indio levantaba los brazos sin auditorio que acogiera sus lamentos y sus demandas. Nadie estaba conforme. El clero se dividía entre los obesos ansiosos por acumular más bienes con la farsa de la misión celestial y aquellos que luchaban por educar las esperanzas y luego las mentes, en parajes hostiles sin un pan ni un favor de la jerarquía dorada que manducaba potajes importados y presidía las celebraciones fastuosas de la Capital. Los sueños y anhelos de españoles, criollos, mestizos, indígenas y negros, los sueños y anhelos de laicos o clérigos, de Joaquín, se habían estrellado contra una realidad disforme e insostenible.

Una mañana, cerca al mar, despertó Joaquín con la noticia de varias embarcaciones cargadas de valientes, llegadas del sur. Respetadas e invictas, habían partido del puerto de Valparaíso y la mayoría de sus hombres, atravesado la cordillera de los Andes a lomo de bestia o a pie, en una travesía que ya llevaba muchos meses y comenzaba su fin ese día de invierno, radiante y seco, con el desembarco optimista en la patria del desgobierno, patria que aún no se cansaba de deshojar margaritas entre tantos nombres y voluntades.

Con el tiempo, Joaquín conservaría como retazos percutidos de un paño lustroso, la imagen del arribo del generalísimo San Martín; tanto, que incansable discutirá a los libros de Historia no haberlo presenciado en Paracas sino en el muelle de Pisco, aquel muelle de casi mil metros de nuevo y también de viejo, que recibiría su andar solitario una tarde que se haría noche, entre sus maderas podridas hasta la carcoma, palpando sus metales verduzcos y endebles en el celaje. La imagen guardada es poderosa: La neblina densa, amarrada a pilastras, derramada sobre el muelle, impide la visión de largas distancias; así, la extensión del muelle es una aventura de imprecisión, pues sólo manifiesta su existencia dentro de un círculo de tres pasos encogidos, movable con la bruma. La niebla va cediendo ante su trajín parsimonioso y la roída madera, crujiente, exige tantear cada pisada, moderar la curiosidad. Los maderos bajo los pies no están completos; el muelle, des-

lucido y arcaico como la independencia, ha ido obsequiando sendos tablones a la mar, pagando justo tributo a un tiempo en común. El océano que besa las costas de Pisco, no solamente brama desde su inmensidad entre azotes a las columnas, chapaleos cobijados bajo la mañana fundida o fricciones sobre las rocas, sino además, se muestra ondulante, frenético, robustecido por la marea ascendente. El agua oscura, negra, desprovista de la serenidad del azul, se observa a través de los espacios que obligan a saltar con tiento para salvarlos. El andar del hombre es lento y sus pisadas meticulosas sobre ese pasadizo sin fin, mientras su mirada hipnotizada se dirige hacia abajo, donde las aguas se entrecruzan en múltiples direcciones, atendiendo a bultos todavía más negros que emergen desde su fondo. Un lobo marino, a los pies, tras un rugido vuelve a desaparecer. Una manada de lobos marinos que la mar encubre sin afán, se deja ver a través de los huecos y grietas del muelle, bramando estertores asfixiados. Los animales exhiben los colmillos blancos perlados por las aguas, meneándose entre la espuma, encuadrados en los marcos de las maderas faltantes del muelle, deformados por la neblina, en medio de aquel pasadizo de carcoma y óxido. El recelo del hombre sugiere prudencia, lo obliga a regresar.

Este recuerdo, propio de un mañana todavía remoto, no puede apartarse de aquella visita a Paracas que realizará junto a sus alumnos del nacional de Pisco, el 3028, tras tres días de fritangas, bulla y lecciones sin vanidad. El muelle de sus recuerdos le mostrará sus imponentes ochocientos cuarenta metros y los logros obtenidos con el empeño del progreso, que lo han dotado de faroles de luz blanca, de nuevos metales pintados de azul y de maderas recién extraídas de árboles mudos. Ni un resquicio, ni un agujero en su base. A los pies, en pleno andar, los tablones no crujirán, brindando seguridad, mas no ensueño. El muelle estará reluciente, renacido, lo curioso es que el antojado Pacífico decidirá no besar esa orilla de la ciudad, pues el mar se habrá retirado más de setecientos metros y los portentosos maderos pasarán a ser un puente sobre la arena, hacia la nada. El mar se alejará de Pisco; pero dejará lagunillas de agua salada que, resistentes año tras año

al obstinado sol, serán parte singular del paisaje; además, suministrará la simiente para la aparición de pastizales y así, un recuerdo sin recuperar. Median algunas décadas entre ambas visiones, valga advertir. A través de los maderos rotos pudo ver por primera vez lobos marinos en la neblina; en el verano con alumnos, desde el muelle a su diestra, verá pascando en la tradicional playa de Pisco a una decena de robustas vacas de origen holandés, que merced a la simbiosis, regalarán sus minucias a avechuchos que nunca se habrían pensado en aquella región. El Perú cambia y va a cambiar; pero aquella mañana en que corre por el arenal, a varias leguas distante de los maderos firmes y relucientes del muelle entrometido entre las olas, recién estrenados para la localidad de pescadores, sólo tendrá ojos para el Libertador triunfante en la Argentina y en Chile, llegado con sus hombres animosos, forzados todos por el proyecto de fundar otra nación.

Frente a la costa de Paracas, navíos, fragatas, corbetas y bergantines, ondeando sobre el mar de espuma, contemplados por lobos marinos y delfines, detuvieron su marcha al grito de libertad, iniciando el descenso de los hombres a tierra firme. Delante, como posando siempre para un lienzo, marchaba el general don José de San Martín; tras él, sin premuras, casi dos mil soldados formaron columnas de tropa esperando una nueva orden de los oficiales y lugartenientes. Joaquín Medina, sentado en los altos de una duna, en dirección contraria al viento que le enrostraba granos de arena y olor azul, aplaudió solitario las palabras libertad, respeto e igualdad. Un discurso, primero entre tantos otros, se dejó escuchar sin más público ni auditorio que la milicia traída del extranjero para librar de España a la América toda. No tomaremos bienes ajenos, sean de patriotas o enemigos. No derramaremos sangre mas que en batalla. No, bajo pena de muerte tal vileza, no mancillaremos mujeres ni honras. La libertad es justicia y es derecho, es igualdad y es hermandad, es poder del pueblo sobre el tirano, es sueño de hombres de pensamiento, sentimiento y acción. La independencia de América está suspendida como un trapecista, sobre la cuerda floja de la independencia del Perú. Este Perú que es virreinato y es colonia, que es poder y decadencia, que es desacuerdo y menos-

precio, es sobre todas las sentencias, patria de nuestros hermanos. Blancos, indios o negros, ausentes hoy en esta playa, en este momento de reescritura histórica, no están dando la espalda a nuestra causa sino más bien, con el clamor del silencio, están pidiendo a la luz refulgente de la emancipación consolidada en nuestros pueblos, que abra sus ojos cerrados a fuerza de tormentos y también de pompas, que clarifique sus vacilantes ideas, para así formar parte de este principio que vincula las esperanzas de todo un continente: Libertad.

El ejército marchó por la costa sin vítores ni palmas, tampoco abucheos, sólo la aplastante indiferencia de una casta recelosa de perder sus privilegios. Si el Virrey, si el General libertador; si España, si la República; si la servidumbre, si la igualdad; caían así, uno a uno los pétalos de la margarita inerte de los más rancios linajes coloniales, mientras el indio no comprendía cabalmente qué pasaba y al negro de nada lo enteraban. Los hijos de españoles e indígenas, el mestizo, el del medio, el mezclado, comprendió que por fin había llegado su momento aunque nadie a viva voz lo había llamado.

Desconcertado ante su rutilante Inca, foráneo y bien hablado, seguido como siempre por miles, digno de su sincera estima y reto mayúsculo a su propósito arruinado, Joaquín, por vez primera, puso el pie en la Capital, en la tres veces coronada Ciudad de los Reyes que aguardaba oficializar el nombre de Lima. La pileta de bronce bruñido, coronada con un ángel pequeño mirando a la casa que erigiera Pizarro, da inicio, junto con la Catedral y el Cabildo, a la cuadrícula repetida múltiples veces con eficiencia en cada calle de solares coloridos, de primorosas ventanas enrejadas con el artificio de metales ondulantes, rígidos, labrados, resaltando el derroche de los balcones de madera prieta, tallados con formas geométricas o míticas, con flores y animales, con escudos y blasones, primoreando las grandes casonas, mientras desentonan en las fachadas modestas, tan opacos, sin gracia. Los patios de linaje, trabajados en mármol, con fuentes y jardines donde a la puerta vio jugar a más de un niño con sus amas negras, más cálidas y entregadas que sus propias madres, mujeres de vestidos ceñidos

y rostro un tanto cubierto, de porte y galanura tan comparable a su vanidad e hipócrita coquetería, refrescan las calles con olores a pino y rosas, a césped tupido, a tierra húmeda. Ciudad de candiles y pregoneros, de vendedores ambulantes arriando burros entre mercachifles, facilitando de puerta en puerta los dulces y postres del orgullo nacional. Ciudad de exclusión que no se mezcla con sus linderos miserables y por lo mismo, despreciables, porque la pobreza insulta y repele como la falta de abolengo nulifica y envilece. Extremos para sirvientes y menesterosos, quienes ensucian la capital con sus presencias villanas, pero ay, ¿cómo evitarlo?, necesarios, maldita mugre necesaria como la noche al día y lo malo para valorar lo bueno. Fronteras incapaces de ostentar derechos y menos aún, levantar la voz. La tres veces coronada Ciudad de los Reyes, tan dispar, tan múltiple, tan gobernada por una clase mezquina de intereses particulares y egoístas, que maquina cada paso, que decora discursillos de unidad para aplacar los arrebatos de los desdichados, que atesora herencias de títulos y metal forjado, y que aguarda impaciente la oferta de independencia o mejor, sus parabienes, confiada en no perder si es que la estima con grandes fiestas o le da su rechazo con la nariz respingada y el orgullo ofendido.

Don José de San Martín entró en la Capital, cuando el Virrey la había abandonado. El santo de la espada, le llamaron los aduladores antes de susurrarle a su oído que no habría momento más oportuno para la emancipación del Perú, que resolverla mientras la autoridad del Rey fugaba hacia las serranías tras las patas de su caballo. Sin cabeza visible del Virreinato, toda la población se plegaría al nuevo orden; qué importaba la convicción si lo lograba la decisión. De esa manera, un veintiocho de julio, sin haberse librado una minúscula batalla, sin la muerte de un combatiente, sin la sangre que piden como abono las arenas de las revueltas, sin el convencimiento pleno de ningún adulto razonable o ignorante, se armó un tabladillo modesto a los pies de un balcón lustroso y arrojando de sus manos enguantadas las monedas de España los presentes, se proclamó la independencia por la voluntad general de uno que otro varón insigne y por la justicia de

la causa que los hombres de Dios poco hicieron por defender; así, luego de las firmas de letrados y clérigos, de militares y prohombres, pregonaron todos los que hablaban bien el castellano: ¡Viva la patria! ¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia!

Al despertar, Joaquín se encontró con la resaca de toda una ciudad. Durante la noche, luego de los rigores del protocolo, los salones y solares recibieron las mejores galas de la alta sociedad limeña, que bailó y brindó entusiasmada por la resplandeciente independencia. En la mañana, los cholos corrían por las calles apresurando las compras para el almuerzo y las amas negras ve-laban el sueño de sus niños queridos y muchos esclavos más, ponían nuevamente a punto las casas, limpias como la sangre de sus amos, para reanudar la celebración interrumpida por la aparición del sol. ¡Llegó la libetá!, le gritó Florencio a su viejita. ¡La libetá!, neguito zonzo. Ésa es pa' blancos lirbes, le reveló Armandina, con la costumbre de la memoria.

Joaquín aprendió entre butifarras y mulitas de pisco, que podía ser español entre criollos; con el *champagne*, que era un interesante criollo entre españoles; y a punta de sencillez, humildad y cortesía, que bien podía pasar por mestizo. Su rostro, alterado como el de una estatua por los soplos del tiempo, era para cualquiera la estampa de sus palabras, sus motivos y sus anécdotas.

La independencia del Perú lo rescató de la soledad, como al país de su contención. Las familias de apellidos rimbombantes desempolvieron sus blasones y la mayoría, sus lustrosos oropeles, reclamando el mando de la República naciente, aduciendo los derechos ganados a fuerza de espada por sus ancestros. La pugna por el poder sedujo a todas las clases sociales; pero pocos advirtieron la seriedad y el altruismo que exigía el cometido de fundar una nación. Los mestizos, curtidos en no pertenecer, descubrieron que la bandera rojiblanca no flamearía para ellos hasta conquistar con su propia tozudez y esfuerzo, los espacios que las batallas pendientes en los andes y algunos rincones de la costa, dispensarían a los patriotas tras arrojar definitivamente la fuerza monárquica española del Perú.

Entre tanto alboroto, mucho gusto, bienvenidas y hasta luego, Joaquín conoció desde un mediodía hasta la tarde, a un tal Justo Ramírez, comerciante de telas, dicharachero y buen bebedor, jovial entre amigos y marido responsable, quien lo llevó a su casa y presentó a su esposa, una muchachita cálida y simpaticona, de modales austeros, aunque comedida con las visitas y más aún con los huéspedes. Florcita Villegas, le apuntó el anfitrión, mientras le recordaba lo de la morada es chica pero el corazón es grande y le acercaba una silla a la mesa y un plato con comida reciente y un traguito de buen pisco con la botella casi llena bastante cerca, traída de los ingenios de su comadrita Rufina, en el sur. Y, siéntate mi buen amigo, siéntate, ya te he dicho, estás en tu casa.

La cena sirvió para comentar los frutos de la independencia; pero entre copa y copa, para sincerar los lamentos por el desconcierto y el desbarajuste creciente con la novísima situación. No estamos listos para gobernarnos, le dijo Justo a Joaquín, con auténtica pena. Su esposa, que llegaba a la mesa con el postre bamboleando sobre sus manos en tres pocitos de barro, humeantes, colmados de mazamorra morada y derrochando aroma de maíz y canela recién molida, terció, precisando: Nadie está listo para ser padre ni para nacer ni para morir. Tampoco tenemos que estar preparados para sabernos gobernar. Se repite en calles y ferias que la independencia ya nos tocó; pues entonces habrá que hacer con ella lo imposible. Es cierto, señora, asentó Joaquín, totalmente convencido. Florcita, mi amigo, Florcita. Si vas a tratar a mi mujer tan así de señora, me la vas a estropear. Sentados los tres a la mesa, reiteraron la invitación a Joaquín de quedarse con ellos una temporada en la casa, que dejara a los peones trabajar tranquilos en sus chacras de la sierra norteña y disfrutara un poco de la Capital, pues de qué valía tanta dedicación si no disfrutaba de sus frutos en una ciudad. Joaquín se hacía de rogar por no delatar la mentira; pero más aún, para prolongar la emoción que le embargaba a cada palabra de afecto de esa pareja unida y pujante, extraños al dar el alba y amigos seguros al cerrar la noche. Supo, al aceptar la invitación, al justificar su falta de equipaje y su nulo dinero, extraviado con los avatares de un viaje presuroso por contemplar el

corazón de la reluciente nación, que Lima también era cariño franco y fraternal, brazos abiertos cuando de verdacito se querían dar.

Acostado sobre un catre de metal y un colchón de paja, procuró recordar una a una tantas cosas vividas como un relámpago; evocó momentos penosos y trajo a su memoria el último recuerdo de su Rústico aquella noche tan difícil y tan lejana como también, la imagen final del joven Ramiro de Chaves bajando su brazo como despedida. Rezando por el alma del Capitán General, se dejó coger por la modorra antes de proseguir con la cavilación obsesiva sobre su destino sin sentido. Oyó un ruido, muchos ruidos. Rugidos de animales metálicos que sólo conocían la prisa sobre una tierra negra y aparejada con perfección, distraían su curiosidad. A su lado, la escalera de siempre, de vivos colores ahora, lo esperaba para cruzar hacia la vera del frente. ¿Por qué? ¿Para qué? Joaquín dio los primeros pasos con mucho aplomo, desmemoriado de las intentonas pasadas tan frustrantes como infructuosas. Llegó al primer descanso y reanudó la marcha sobre los demás peldaños. Uno, dos, tres... cayó. De bruces sobre el piso, sin sentir ningún dolor, recordó que ya había pretendido esa cuesta tantas veces. Volvió a intentarlo. Uno, dos, tres... El primer descanso. Uno, dos, tres, cuatro... El segundo descanso. Uno... cayó, cayó nuevamente, nuevamente. Vencido, permaneció tirado de espaldas al suelo hasta que un rayo violento se abrió paso entre nubes grises en el cielo y le hirió la vista, forzándolo a levantarse. Se acercaba el día, la mañana.

Florcita detuvo sus correrías para darle los buenos días y comentarle que Justo ya se había marchado al negocio hacía horas. Lo atiendo ahorita, espéreme un ratito, le indicó, atravesando la puerta de hojalata que daba al huerto trasero de la casa, de donde regresó con culantros y ajíes en la mano. Al poco, un caldito de pollo y dos panes con huevo de gallina hicieron de desayuno cuando las horas ya estaban para sentarse al almuerzo. Hacía tanto, pero tanto tiempo que Joaquín no dormía sin preocupaciones, a pierna tendida y bien cobijado, que su rostro, alejada ya la pereza, irradiaba entusiasmo a pesar de sus ojos usualmente sombríos. Florcita, viéndolo tan rebosante de energía, no necesitó preguntar

si había dormido bien o si le habían molestado los mosquitos. Sentada frente a él, lo interrogó en cambio sobre la vida en el campo, sobre el cielo siempre azul que le habían dicho se desplomaba en lluvia de un momento a otro y al rato escampaba con los rayos del sol brillando en lo alto, preparando el arco iris que adornaría las alturas al rayar el mediodía. No gustaba de la bóveda cenicienta de Lima, la garúa tan desabrida y esa neblina insistente que la hacía padecer en cada invierno, ni tampoco de esas señoras que la miraban de arriba abajo cuando entraba a una tienda de ricos y usaba su dinero como lo usaban ellas, ya que su piel trigueña y ropa modesta la hacían sentirse diferente y lo peor, inferior. Joaquín se inventó unos campos muy bellos y un cielo, sí, ciertamente azul e impredecible; además, agradecido por tanta amabilidad, la libró de las emperifolladas damas de alta sociedad, pues le habló de otras muy agradables y simpáticas, acostumbradas a tratar a todos por igual con la única condición de ser tratadas con sincero aprecio y cariño. Le inventó días de chubascos tupidos, de grandes goterones que en un par de horas inundaban hasta el alma y los malos pensamientos. Le habló de tardes grises, pero no como las de la Capital sino, de aquellas que llaman a la melancolía mientras se contempla a un burro cargado de alforjas atravesando la callejuela a duras penas, con su dueño aporreándolo y aporreándolo, sin sospechar que un buen trato lograría mejores resultados. Tardes grises en las cuales se podía ser feliz con muy poco: un plato de comida caliente, una copita de algún licor barato, dos trozos de pan, la calamina del techo sonando al compás de las gotas de lluvia, sentado a una mesa de madera, frente a una ventana, mirando a la gente apresurada, inquieta, pasar. Tengo que terminar de preparar el almuerzo. Se hace tarde, le comentó Florcita, vivaracha, levantando los trastos de la mesa y regalándole una sonrisa en pago por haber compartido con ella ese lugar que bien sabía más correspondía a sus buenos anhelos que a sus vivencias. ¿Por qué no se da una vuelta por el localito de mi esposo y le hace compañía hasta que yo termine con esto, o mejor, un paseito por la ciudad, reconociendo sus calles, su gente? ¿Le parece? Él accedió gustoso, sin saber muy bien hacia dónde se dirigiría, sólo

convencido de que aquel día ya había pagado con holgura tantos infortunios y pésimos momentos del pasado, sintiéndose estimado, mimado.

En la calle, las calesas eran tiradas por caballos, los conventos eran pródigos en mendigos como en concurrentes, los ambulantes ofrecían a viva voz todo tipo de chucherías y el rumor del río sabía rematar la fragancia que desprendían los jardines. Joaquín caminó por las angostas aceras, respondiendo con cortesía a los saludos de caballeros y damas que lo recordaban de alguna reunión pasada, radiante por experimentar la novedad de pertenecer, aunque sea en apariencia, a algo semejante a una sociedad. Visitó mercados y tiendas, hasta que reparó en una librería, regentada por un chileno asentado en Lima con la emancipación. Recorriendo los estantes que atiborraban el local, por vez primera sintió en sus manos la aspereza de una cubierta, cuero ajado por el uso y los viajes, el olor rancio de las ediciones impresas y el rumor apacible de las hojas al correr, dejándose maravillar por la fantasía que escondían esas grafías reconocidas y herméticas. Lamentó ser un analfabeto y, por lo mismo, no le avergonzó confesárselo al librero. Éste lo observó con minuciosidad por entero y le preguntó, sin abandonar la comodidad de su silla, si era español. Sí, respondió Joaquín, andaluz. ¿Y cómo así decidió no acompañar a su Virrey?, interrogó el chileno, sin afán de molestar, con genuina curiosidad. Joaquín, sin pensarlo mucho, respondió con sinceridad, con una sinceridad que nunca antes había intuido, que no sospechaba: Éste es mi país. El chileno se puso de pie y de un apretón de manos le explicó que se llamaba Rómulo Balmaceda, que llegó antes que O'Higgins y San Martín y que qué rayos, le enseñaría a leer y escribir.

Joaquín cruzó la calle, luego de agradecer con fervor el ofrecimiento y de convenir una cita para mañana en la tarde, a las cuatro. Estimaba que su existencia había cambiado mucho: le esperaban en una casa para almorzar y lo aguardarían al día siguiente para cultivarle la habilidad. Lamentablemente, el hospedaje tan cordial, pero sobre todo franco y desinteresado, no se lo daban a él sino al personaje que había comenzado a construir en aquella

fonda frente a Justo, relatándole durante horas, entre copas de vino y mulitas de pisco para el estribo, las bondades de la cosecha de papas y la crianza de cerdos, matizándolas con sutilezas sobre costumbres y poblados lejanos; mostrándose como un estanciero excéntrico y aventurero, y no como el protagonista melancólico de situaciones imposibles, imaginando que al mentir no engañaba a nadie, pues sólo se atragantaba por compartir una fantasía en voz alta. Presuroso, incapaz de hacerse esperar por sus anfitriones, rememoró sus angustias por llegar rápido a ningún sitio durante tantas tardes confusas, acelerado por el arrebato o menguado por el cansancio o el hambre. Debía haber encontrado un Inca, uno capacitado para doblegar el poder de España en las colonias americanas, y descubrió con admiración a un extranjero bien peinado, de patillas largas y cuerpo delgado, que nunca sería la solución a sus apremios. Sosegado, buscó una banca de parque entre niños inquietos con sus madres aún más inquietas por la preocupación de los juegos bruscos de sus hijos. Cabellos negros como la fe, rostros trigüeños y alegres, ropas sencillas y portes humildes, giraban riendo a su alrededor, cerca y lejos, arrancando las flores de la tierra y echándose el agua de los estanques. Con el viento trayéndole la brisa del río, intentó comprender por qué estaba aún ahí, por qué a pesar de las novedades de cada día, se había quedado profundamente solo, sin antepasado ni dinastía, sin patria... ¿sin patria?, se preguntó desconcertado. Éste es mi país, le había dicho al chileno hacía un rato, luego de decir que era andaluz. Reconciliarse con Dios había sido un imperativo tan vehemente que ni la sed ni el apetito insatisfecho ni el desánimo vigilante, le hicieron reparar que la improbabilidad bien podía ser la etiqueta a su vida. ¿Su camino ya había acabado? Destruir al enemigo del Señor, cuando el fervor de los indígenas era tan sincero y puro al acercarse a un templo que tacharlos de maléficos no se sostenía a pesar de sus ritos arcaicos y profanos, le venía enseñando que no había un enemigo de Dios, aunque el curaca de Tinta, José Gabriel Condorcanqui, pregonó para su desconcierto que los españoles eran hijos de *supay*, por la forma despiadada e impía de tratar a los indios y esclavos, en un reproche justo que ro-

busteció con homicidios de premisa indefendible. No encontraba enemigos sino devotos y seguro hallaría muchos escépticos. Debió dedicarse a buscar revolucionarios y no místicos que atentasen contra el poder monárquico, pero, ya lo había pensado, ya lo había dicho, como objetar la legitimidad de un acto arrastrado por la necesidad de libertad. Éste es mi país, le había dicho al chileno ¿porque no ansiaba regresar más a España?, ¿porque compartió con muchos la emoción ingenua por la independencia, aunque deviniera en artificial e indigente? Con los pies puestos en Lima entre personas animadas y con una mesa que debía esperarlo servida, volvió a afirmar que recién empezaba a vivir y que todo lo pasado sí era solamente un prólogo extenso y tortuoso, pues su destino debía seguir marcado por la huida que se impuso esa tarde que se hizo noche, antes de la lluvia, antes de la muerte de su caballo, antes de su descalabro.

La mesa ya no estaba servida y los comensales tardaron en abrirle porque hacía rato yacían sobre la cama, improvisando caricias de esposos, luego de apurar la siesta. No le aceptaron explicaciones ni disculpas por tamaña descortesía y tardanza. Aproveche la ciudad, le recomendó muy alegre Florcita con la venia de su marido, pues Lima es una gran capital y tiene tanto por ofrecer, quisieron explicarle, convencerle. Conversaron largo y tendido, con sobremesa improvisada y modorra vespertina rechazada con buen ánimo. Joaquín no agregó más a su cosecha y escuchó los logros de la pareja y el venturoso viento que guiaba la marcha de su comercio, hasta que Justo, en un arrebato de amistad y complicidad, no pudo proponerle una sociedad sino una ayuda, una ayudita, no de plata mi amigo, sino por las mañanas, ¿qué le parece si la pasa conmigo?, trabajando en el negocio. Se me ha ido un muchacho y la verdad, usted es una persona honorable y digna de mejores propuestas; es más, de seguro prefiere pasarla andando; pero como para distraerse y matar el tiempo, qué tal si me da una manito, una ayuda, porque me hace falta alguien que inspire confianza y bueno, no sé, ¿qué le parece? Estupendo, estoy aquí de arrimado en vuestra casa, con tanto aprecio y generosidad, sin saber cuando llegue pues, pues... Sí, sí, eso de estar des-

plumado. Tenga paciencia, que seguro ya está por llegar su buen sobre de dinero... Por supuesto. Ayudándoles, me permiten recompensar el cariño; pero soy una nulidad sobre tu negocio, Justo. De eso, ni te preocupes, sentenció, con una copa en la mano, brindando sin agregar más motivo, contento sí, muy contento.

Durante la mañana siguiente, Joaquín aprendió el teje y maneje de la tintura textil, desde peculiares requisitos de ley hasta detalles ocurrentes para la hora de enfardar, aunque disfrutó más la propuesta de distribuir los encargos y paquetes a donde le urgiera a la ciudad, trajinándola a pie como un pregonero en traje de fiesta y misa. Almorzaban juntos, a veces en casa, a veces fuera, y luego visitaba a don Rómulo Balmaceda en su librería, diariamente, descontando los domingos. Ya no era un huésped en ese hogar, sino un miembro especial de la familia. Por las noches, cuando su esposo dormía, Florcita no podía reprimir las ganas de escuchar más relatos sobre lugares que a veces existían y sobre gentes que nunca vería. Atenta y entusiasta, le servía dos o tres tacitas de chocolate caliente, pues el café nunca terminó de gustarle, para alargar la noche y memorizar los recovecos de las piedras del Cuzco que no nunca caerían o las fiestas provincianas donde se bebía, cantaba y bailaba tres semanas seguidas, para festejar a un santo canonizado por sus virtudes de mártir.

En algunas ocasiones, Justo tanteaba una pregunta a Joaquín sobre sus tierras de la sierra del norte, pero él siempre explicaba, emocionado, que poco a poco ya no le importaban. Tus bienes mi amigo, no puedes despreciarlos así, le reprochaba, mientras su mujer sonreía, totalmente convencida de que ese hombre habituado a su hogar, de rostro deslustrado por el tiempo, era más pobre que su linaje y sus recuerdos.

A diario, incluso los domingos cuando los encontró el tiempo de la amistad, don Rómulo Balmaceda, chileno del sur de Concepción que llegó en barco desde la ciudad de Santiago con baúles y baúles de libros por equipaje y unos ahorros guardados para la vejez, compartía tardes y floreciente cariño con ese enigmático andaluz-peruano que ya leía con fluidez y escribía con corrección, pero sobre todo, devoraba ávidamente textos que le permitieran

conocer la Historia y las Letras americanas, obsesionado por escritores peruanos, los incas y la conquista, por los hombres de Pizarro, sus andanzas y sus aventuras. Revisó documentos y narraciones que referían datos, personajes y sucesos de la tarde de Cajamarca, de los sitios de Cuzco y Lima, de rebeliones indígenas. Para matar el ocio, acopió, transcribiendo con su letra de calígrafo en tinta verde, nombres y cifras que hablaban de oro y plata extraídas de templos, fortalezas y hasta de las más remotas covachas. Muchas veces hurgó Joaquín en documentos, persiguiendo el rastro de Ramiro de Chaves, cuando ya se había aprendido las desventuras de la mayoría de peruleros, pero como pasaba con él en todos los anales, no quedaba constancia de su vida y sucesos.

Rómulo Balmaceda, una tarde de domingo en un invierno crudo y áspero para sus huesos, le confió que muy seguido le venía hablando al retrato de su Manuelita. ¿Cómo así?, don Rómulo. Así, como burlando la soledad, Joaquín, le dijo, volviendo a relatar los días angustiosos que precedieron a su muerte. La vejez es una enfermedad que a todos nos llega, hijo, le afirmó. Pero usted está en Lima con un negocio próspero, bien respetado y apreciado. Estoy solo y ya me cansé, le confió en voz baja, para él y nadie más, con la puerta del local cerrada para extraños, con bulla de la calle afuera, con dos tazas sobre la mesa, un habano y un pan compartido en la penumbra de su hogar. Huí de mi país por la opresión que traen el dolor y los recuerdos; pero eso ya pasó, ahora me arrastra la nostalgia de su compañía. Sabes que le cuento a Manuelita tus avances con las lecturas, las ventas que hago... Eso está bien, don Rómulo. ¡No, Joaquín, si está muerta!, le expresó, como una sentencia inobjetable. Quiero irme con ella. Quiero irme con ella, repitió con insistencia sus palabras Joaquín, camino a casa, después de abrigarlo y dejarlo bien dormido, luego de sustraer de un estante con libros franceses su pistola oculta, luego de esconder por precaución la pólvora guardaba en frasquitos de vidrio por toda la casa, luego de repetirle a sus sentidos dormidos su cariño sincero.

Había llegado la noche y en casa todos dormían. Cerró la puerta, evitando hacer ruido siquiera guardando la llave. Caminó de puntillas hasta su cuarto, llegó a su cama y se tiró de espaldas

sobre el colchón, sin sueño ni ganas de pensar... en blanco, mirando el techo o la tenue luz que atravesaba el umbral de la puerta, oyendo el rumor de la calle que llegaba desde lejos, evadiendo cada antojado pensamiento. Pasado un rato, sintió movimiento afuera. Abandonó su habitación y vio a Florcita prepararse un agua de tilo en la cocina. Estaba adormilada y desprovista de arreglos como cualquiera al interrumpir el sueño. Quiero irme con ella, me dijo don Rómulo, Florcita, le contó sin mediar un saludo, sin explicar más motivo. ¿Cómo?, Joaquín. Se cansó de estar solo, aunque sepa que muchos lo quieren bien, con sincero afecto. ¿De qué hablas? No te entiendo. Don Rómulo tiene más ganas de morir que ganas de vivir. ¿Y tú qué crees? Que es muy afortunado, pues tiene un recuerdo hermoso que regresa siempre al presente y es tan fuerte, que ansía unirse a él, marcharse. Florcita tomó asiento y de ahí le extendió una mano a Joaquín invitándolo a que la siga. Sientes más pena por ti, que por él, ¿no? Yo no tengo bellos recuerdos. Todos conservamos recuerdos gratos. Yo no recuerdo un amor, una pasión, un fuego que me produzca nostalgia honda, punzante, Florcita. Presente, tienes un presente. Es prestado y escapará pronto de mí y conmigo, me llevará a otros lugares y todo lo que estoy sintiendo quedará olvidado. ¿Sintiendo?, le preguntó de inmediato. Joaquín bebió un sorbo de la taza ajena, todavía caliente. Sorbió despacio, sin prisas, negando al tiempo. Sí, sintiendo. ¿Qué cosa sientes? Algo nuevo, inaudito, bello. ¿Qué es?, Joaquín, dime. Una mala jugada del destino o de Dios, mi querida Florcita, le dijo, le reveló, le confesó.

Seguro ella fue a dormir confusa, turbada. Él, resuelto. A la mañana siguiente dejaría la casa y luego pasaría a la librería con la propuesta a don Rómulo de huir de nuevo, como hiciera en el pasado. Siempre se está mejor en otra parte, le indicaría con una máxima prestada, sabiendo que se negaría porque escapar ya no remediaba nada, sabiendo sin reproches, tal vez optimista, que al final se marcharía solo.

Había pensado tiempo atrás que su vida era la del títere, manipulado a través de hilos cada vez más nítidos y recios. Florcita, Justo, don Rómulo, sus expectativas, la presencia fugaz, mágica,

de Rústico, eran preciosa comparsa del rol protagónico que se esforzaba en interpretar. La vida no es una singularidad, una anomalía efímera frente a la inconmensurable realidad, sino una trama de enredos e intrigas, de emociones y fatalidades que anima lo inerte, que justifica el escenario, que dura lo que tarda en agotarse la inquietud del tramoyista. El tiempo le era extraño y más aún, ajeno. La vida errante que de nuevo se proponía, que por necesidad se imponía, lo volvería a elevar sobre su nombre y sus épocas; pero como toda persona que ha vivido con intensidad, ansiaba no olvidar y conservar el recuerdo de aprendizajes, empeños, sentimientos, el recuerdo tan sólo, porque la inquebrantable vida que le esperaba por delante se encargaría de completar lo soñado y de mudar los quebrantos en fantasías.

Salió de la ciudad de Lima al llegar la tarde, sin negarle a sus lágrimas expresar la congoja que le roía el alma al estrechar por primera y última vez el cuerpo de aquella joven vivaz, ingeniosa, grata a su soledad. Recogió un suspiro antes de dar un apretón de manos, que se convirtió en fuerte abrazo, a un Justo despistado que recién comprendía por qué el gran negocio que intentó desde aquella mesa del lado de la puerta en la fonda de la calle Espaderos, con copitas matizando el parloteo, no se terminó de llevar a cabo. Entre palmazos en la espalda, se garantizaron amistad porque de veras surgió al compartir el esfuerzo del trabajo diario, gratitud también se mencionó, o pena, costumbre, familia, antes de cruzar el umbral. Siempre se está mejor en otra parte, quiso decir Joaquín; pero no pudo. La despedida fue larga y serena. Compartieron el almuerzo y luego el té encargado a viejos amigos en Inglaterra. Una, dos, tres tazas, mientras don Rómulo asimilaba la situación. No le pidió que se quedase, porque entendía que las decisiones no deben interrumpirse; aun así, no reprimió las ganas de expresarle cuán feliz había sido con su compañía, comenzada en tardes con horario y extendida a una cofradía de lecturas y confidencias. Se despidieron como cada día, un hasta luego y un ya nos vemos, pues anhelaban que la vida fuera más larga de lo que el vulgo creía.

Joaquín poseía otra vez un caballo, que cambiaría lejos de la costa por una mula y buena comida, también algún dinero y un destino. Si no tenía tierras en la sierra norteña, las tendría. Ansiaba ser maestro de escuela y hacendando por añadidura, para que el engaño de tanto tiempo no fuera tanto. Dar clases en uno y otro poblado, viajar, recorrer lugares, conocer, podría ser una forma de vivir hasta que encontrase con claridad su ruta final, su necesario descanso. Los caminos de otro tiempo en poco existían; los puentes, el desconcertante alcance del obrar humano que lo encandiló por su capacidad de amoldar los ingenios urbanos al paisaje, habían caído; las construcciones elevadas sobre basamentos de cantería, contadas fuera del Cuzco, se habían convertido en ruinas silenciosas; todo seguía cambiando. La lengua de los pueblos variaba sin freno, dejando espacio para el idioma español que ensayaba nuevas palabras. Buscó lugares inhóspitos donde enseñar y encontró, sin buscar, puestos de intendente o magistrado. Conformi a su estudios, taitita, muchas veces le explicaron al ataviarlo con investiduras solemnes.

Una tarde, en un caserío que recién inventaba tradiciones y al paso de las décadas las atribuiría a los incas por darles prestigio, lo asaltó el reproche de la memoria. Había dejado la Capital tranquilo, claro que lloró abiertamente apenado, las despedidas siempre son tristes si no, serían bienvenidas; pero recién, sentado a una mesa, con la lluvia martillando la techumbre, juzgó que había sido muy feliz en la ciudad. Su vida estaba marcada por el infortunio y tanta dicha, sí podía producir espanto. El temor constante de que todo se arruinase, lo llevó a marcharse cuando lo querían cerca, mas ese arrebato le valdría para endulzar hasta los recuerdos más pobres. Florcita, recordó en el umbral de la puerta, viendo la lluvia caer en goterones que se internaban en la tierra hosca, Florcita no era para él. No sabía si de ella se había enamorado, no conocía las definiciones, los alcances del amor, tan extraño y ajeno a sus afectos, pero al sentarme en las noches con ella se reunía también la dicha de compartirnos quimeras. Ella tuvo razón, ya poseía recuerdos, pues el sosiego y su abrigo de paz, brotaba de la memoria de cada momento a su lado. Marcharme no fue cobardía sino pruden-

cia, porque el tiempo mata muchas cosas y enturbia los sinceros afectos. Me marché para vivir con el recuerdo y no enfrentar a la realidad del día a día, de la rutina y la costumbre, del silencio cuando no queda nada por decir, del hastío de ver el mismo rostro de por vida y, quizá, huí de la traición. Fuera de la casa, empapado por el agua persistente del cielo, me convencí de que amar nunca está prohibido. Los sentimientos cuando son plenos, solamente pueden ser puros, no saben así de pertenencias ni prohibiciones. Amó, aún amaba, y eso basta y sobra para un corazón solitario.

En cada pueblo, procuró enviar una carta sin remitente a su amigo librero en Lima; pero nunca recibió respuesta porque no la precisaba. El tiempo mata muchas cosas, ya se ha dicho, y de nada servía enterarse de penurias, de salud quebrada o de insufribles ruinas. En cada misiva describía la región en la cual se encontraba: montes, ríos, cañadas, chubascos sobresalientes, granizadas; pero muy poco de su vida y sus labores. La naturaleza debía ser el nexo inquebrantable que reemplazara al pasado. Firmaba como Joaquín el peruano y otras veces como el maestro o el magistrado, sin fechas, reservándose la nostalgia.

Aprendió a nominar cosas. Los pobladores de pequeños villorrios querían para todo nombres en cristiano. Fue testigo de cómo iglesias y conventos, numerosos, incontables, recibían la prédica fervorosa de hombres y mujeres, de ancianos, de niños, que habían concebido nuevas imágenes, cetrinas, trigueñas, cercanas, correspondiendo sus cultos a los tiempos de abundancias o sequías, de terremotos o carnavales, de siembras o de cosechas. Fue padrino de más de un muchacho que recibió en regalo su nombre hispano junto a sus apellidos Choquehuanca, Mayta, Huamán o Quispe, antes de pasar a las fiestas interminables que se iniciaban en la pila del bautismo, en donde el licor se compartía no por la borrachera sino por el cariño fraterno. Se mudó y mudó de lugares, siempre pendiente de lo que ocurría en Lima. Así, supo de Presidentes que se despertaban mandatarios un día y al siguiente, ya estaban embarcados a Europa por otro caudillo que al poco también caería. Se reavivaban las nunca fenecidas inquinas entre clases en la Capital, pues todos querían gobernar, mientras el territorio se par-

celaba y el resto se entregaba a manos foráneas o entraba en conflicto. Una mañana, apartado tras el Callejón de Conchucos, supo que los chilenos habían arrasado la Capital; pero pensó en don Rómulo y no lo quiso creer. Supo que violaban mujeres y tomaban lo que nunca les debió pertenecer; y pensó en Pizarro, los peruleros y don Rómulo, y todavía no lo quiso creer. Algo sabía de una guerra por salitre y guano, algo suponía sobre el avance de un ejército de miles por las costas y los arenales, sin enfrentarse al obstáculo de sólidas defensas, ya no en barco, ya no a liberar a estas tierras de España; pensó en O'Higgins y San Martín, en don Rómulo, y no lo quiso creer. Decidió regresar a Lima sin tener la certeza del porqué ni el para qué. Junto a numerosos campesinos, enrolados en guerrillas que resistían la amenaza en la cordillera, montado en una mula, bordeó durante semanas los nevados, informándose de acuerdos, de tratados, de cesiones de territorios. Pensó en don Rómulo llegando a Barranca y tuvo, aunque se resistió, tuvo que creer. No quiso entrar de nuevo en la Capital, pues la recordaba opulenta, orgullosa, presuntuosa en otrora de valiente y altiva, cuando advertido de tantos saqueos y destrucciones, prefirió encargarle a su memoria reconstruir para sí la ciudad.

Se perdió Joaquín Medina nuevamente entre pueblos, sin desasosiego, enseñando, dirigiendo, discerniendo en la ley. Tuvo muchos nombres y cuando quiso, sólo uno; pero ninguna amante, ni una sola. Se negó siempre la hombría de regalarse a una mujer, de sacudirse en las noches la amargura de un día, retozando frenético sobre un colchón peregrino, jugando a mentirse el amor, aunque en una ocasión no estuvo en sus manos y sus razones, contradecir sus deseos. Le llamaban La Tircha, y era una india robusta, viuda de dos maridos y heredera sin prole de bienes y un caserío, que acostumbraba anticipar sus cacerías fogosas de los sábados, con dos gallinas descuartizadas corriendo muertas desde su rancho por escasos minutos, esparciendo sangre viscosa sobre los pastos verdes. Se plantó frente a Joaquín sin descender de su caballo negro, exhibiendo el brillo de su machete al cinto y decidida en un fugaz instante a llevárselo a su cama ya sea por las buenas o a la fuerza, incapaz de imaginar que aquel corazón contrariado

escondido en un cuerpo largo y desgarbado, estaba dispuesto a marchar a su lado sin necesidad de una frase de pedido. Empero, en su profunda sabiduría, la viuda pudo descubrir entre esos ojos transparentes, que cargar con el hombre lúgubre sólo le traería descalabros. Así, le gritó un adiós por saludo, apresurada en darle fin a una intentona sin inicio.

En las aldeas, pequeñas, grandes, dejó de ser rareza su rostro ajado por el viento, su altura y delgadez, su barba ora crecida, ora rala, sus maneras corteses, su cultura, única pasión a la que se entregaba con tres candiles de cera sobre una mesa de madera en cada noche sin lluvia o con luna, sin estrellas o con tormenta. Despreocupado de los años, sin importarle seriamente porque solamente interesan a quienes no tienen más en qué pensar, se empeñó en entender al país que lo había adoptado a golpes y penurias; pero que quería llanamente, hondamente.

Ramiro de Chaves fue buscado en archivos y bibliotecas particulares de Cajamarca, Jauja y Cuzco. Como maestro había tenido cientos de alumnos que llevaban el Chávez por apellido, algunos estaban naufragando en la miseria, otros vivían cómodamente en casas modestas y no pocos acaudalados atendieron sus pesquisas con simpatía, presentándoles padres e incluso abuelos, para acercarle la génesis de la familia. La mayoría identificaba sus orígenes con alguna casa portuguesa de renombre y unos cuantos, de España; pero nadie guardaba memoria de un ancestro conquistador que viajara con Pizarro aún siendo mozuelo, de talante receloso y timorato. Joaquín, buscando a un Inca, terminó afanándose por dar con un español. En un colegio estatal de Huancavelica, revisó documentos que referían más de cien levantamientos indígenas durante la colonia y poco menos en plena República. Buscar a su Inca había sido un error mayor, porque no son los monarcas de una civilización muerta los que llevan a cabo las luchas sino el pueblo insatisfecho que las atesora en su memoria, tanteó, juzgó. ¿Acabar con un Inca para reconciliarse con Dios? Qué ocurrencia de desvarío, quiso pensar, creyendo que aquel demiurgo que lo mantenía solo, se había quedado vacío también, cuando él dejó de inquietarse por sus designios. Ambos habían abandonado al otro, sin acu-

saciones ni reproches, como consecuencia salubre de la incomprensión. No se sentía una marioneta que hubiera cortado los hilos, sino un títere sedicioso, equiparado a su tramoyista. Sentía que estaban de igual a igual. Y tanto así, que socorrido por la reputación de un colegio cajamarquino, luego de abandonar un importante centro educativo de Huaraz porque mudaba local como quien cambia de camiseta, hurgó con descaro en casas y estanterías de conocidos, queriendo revivir al amigo antiguo. Ramiro de Chaves pasó de ser un recuerdo a ser un signo.

Con los años, tentó regresar a Lima por reencontrarse con la ciudad que le había mostrado el aroma del amor y las delicias de la amistad; pero fundamentalmente, porque un tercio del Perú se había obligado a realizar el éxodo hacia la Capital. El quechua no se había extinguido y ya se hablaba disfrazado en Lima. Los migrantes, atraídos por los cantos de sirena de la prosperidad de una ciudad de oropel, se inventaron una ilusión sobre lo urbano, dejando los campos para crear cinturones de miseria que bordeaban los distritos tradicionales que también se venían abajo. Su Ramiro de Chaves sólo podía vislumbrarse en Lima, porque en la Capital estaba el gobierno, la universidad, los conventos, el comercio, los medios y la pelada realidad.

Su rostro estaba más ajado por la erosión del tiempo, sus maneras más cansinas y sus ímpetus encontrados, cuando recibió la visita de un profesor de San Marcos que lo frecuentara durante las vacaciones, un año atrás en Junín. Pedía licencia por adelantar su retiro y quería a alguien digno de su respeto y aprecio para encargarse de las cátedras que luego de dieciocho años dejaría: Civilización Inca. Acepto, dijo Joaquín Medina, sentado en un sillón de cuero negro, frente a una menuda mesa, con tres cigarrillos encendidos en torno a un cenicero de cristal labrado y cuatro gaseosas con hielo, confiando en el entusiasmo de Richard, en el entusiasmo de Viviana, tan plenos de regocijo como hace tres días, cuando lo rescataron de ese hotelucho de la calle Huallaga en el centro, luego de regañarle tanto recato y descortesía por no venirse a vivir a esta casa, que es más de los buenos amigos que nuestra, hombre. Por supuesto que acepto, ratificó encantado.